

CARTAS

San Ignacio de Antioquía

(Escritas durante el año 107)

INTRODUCCIÓN

IGNACIO DE ANTIOQUÍA

Un día del mes de enero de año 107,¹ cuando por todos los confines del imperio había cundido la jubilosa noticia de la definitiva victoria de nuestro «pio, felice, triunfador trajano» sobre los indómitos dacios, por tanto tiempo pesadilla de Roma, una triste comitiva salía de la lejana ciudad de Antioquía, gala y ornamento de todo Oriente, en dirección Seleucia, puerto suyo, a unos cuarenta estadios (obra de siete kilómetros) de la desembocadura del Orantes. Un pelotón de soldados ha recibido órdenes de conducir a Roma, tal vez porque su prestancia física responde a las condiciones que luego fijará el Digesto (48-18), para que a un condenado a muerte se le conceda el honor de ser espectáculo del Populus Romanus, al que hasta entonces había sido cabeza de la cristiandad antioqueña. El legado imperial de la provincia de la Siria quiso tal vez halagar al domeñador de los dacios, mandando a Roma una gavilla de condenados que habían de ser arrojados, en el anfiteatro Flavio, a las garras y fauces de las once mil fieras que lucharon con diez mil gladiadores, la mayor parte botín de prisioneros dacios, inmolados en honor «del mejor de los hombres»; más el designio de la Providencia —pudiéramos nosotros decir remedando a los esmirniotas, que años después relatarán el martirio de su obispo Policarpo— fue sin duda mostrarnos un martirio sucedido de todo en todo conforme al Evangelio. Y, designio todavía más alto, que en esa ocasión única se revelara a toda la Iglesia, a la de entonces y a la de por venir, una de las más potentes personalidades de la edad apostólica, que nos dejó el más fiel trasunto de su alma en las siete maravillosas cartas, escritas camino del martirio.

¹ La fecha no es incontrovertida. El *Martyrium* pone la condenación de San Ignacio en el año noveno del Imperio de Trajano. Altaner indica el año 110 como fecha del martirio de San Ignacio. Yo sigo a Bareille (Dthc. 6, 687), quien se funda en Allard, *Historie des persecutions pendant les deus premiers siecles*, París, 1892. «Se calculó probablemente -dice Allard, o. c., p. 200- el viaje de Ignacio de manera que se hiciera llegar a Roma antes de terminar la fiesta con que se celebraba, con pompa inusitada, el triunfo del vencedor de los dacios. Si la guerra dáica terminó en el 106, estas fiestas, que duraron 123 días, debieron llenar al año 107. Diez mil gladiadores perecieron en ellas para diversión del pueblo romano y once mil fieras fueron sacrificadas. Mas antes de matarlas se les arrojó, como era costumbre, algunos condenados. Así fue como el 18 de diciembre murieron dos compañeros de Ignacio: Zósimo y Rufo. Dos días después, le llegó el turno al Obispo de Antioquía. El 20 de diciembre alcanzó la gracia tan ardientemente deseada...» Citado por Bareille, Dthc. 6, 690.

Este testigo y amigo ardiente de Jesús, condenado a ser devorado por las fieras en el año noveno del Emperador Trajano, se llama Ignacio, obispo de Antioquía, por sobrenombre Theophóros o Portador de Dios.

Cuando Eusebio, a principios del siglo IV, le nombra en su Historia de la Iglesia (III, 36) a la par de Policarpo y Papías, varones apostólicos, le califica como el «famoso Ignacio, celebrado hasta el presente por la mayor parte, segundo sucesor de Pedro en el episcopado de Antioquía» Exacta, literalmente hemos de repetir nosotros. Desde los días en que la nave zarpó de Seleucia aborda a Esmirna, y Policarpo recibe al futuro mártir «como a Jesu-Cristo mismo y no como a un pasajero», y allí se congregan delegaciones de las más remotas Iglesias para venerar sus cadenas y tener alguna parte en su gracia espiritual; desde que los fieles de Filipos, momentos después de pasar Ignacio por allí a través de Macedonia, escriben al obispo de Esmirna solicitando las cartas de Ignacio, y Policarpo les contesta haciendo un magnífico elogio de ellas y de él, a quien pone a la par de los apóstoles; desde los rotundos períodos que la elocuencia de San Juan Crisóstomo hace resonar junto al sepulcro de su glorioso paisano en el panegírico que en su honor pronuncia, hasta el momento presente, la fama de Ignacio, testigo ilustre de Jesús, la admiración no ya «de la mayor parte», sino de toda la universal Iglesia por este varón apostólico, el más vivo interés por sus cartas, objeto de ardiente lucha, de amor y de odio, signo de los perennemente vivo, no ha menguado, sino que ha ido en aumento con el correr del tiempo, atropellador de todo lo efímero.

Aun ahora, al hablar de San Ignacio Mártir, lo mismo si lo hace un sabio católico que un investigador protestante, parece obligado y forzoso asociar a su nombre los grandes nombres de Pablo y Juan, como del alma de ambos parece plasmada la de este obispo sirio, que aún en el mero orden temporal pudo todavía, de niño a joven, contemplar al mismo San Pablo de vuelta de alguna de sus marchas apostólicas a su real de Antioquía. El P. Leoncio de Grandmaison, en el último y admirable capítulo de su magna obra Jesucristo, pone a San Ignacio mártir rompiendo marcha en el imponente y maravilloso desfile de «testigos de Jesús en la historia», y ahí se inserta el juicio de A. von Harnack, cabeza de la última escuela teológica alemana protestante:

«Por su valor personal como cristiano y como escritor, Ignacio se aproximó más que cualquiera otros a los grandes apóstoles Pablo y Juan, aunque queda todavía lejos de ellos. Al mismo tiempo, representa también la Iglesia católica naciente, que precisamente por esto muchos sabios

protestantes se han negado a reconocer en sus cartas documentos auténticos del tiempo de Trajano».²

«Testigo irreprochable —dice ahora el mismo Grandmison—, este ardiente amigo de Cristo fue, al mismo tiempo, el más antiguo teólogo, después de Pablo y Juan, en la Iglesia católica... Lo que nos hace venerable esta voz no es su antigüedad solamente, sino el tono personal, apasionado y penetrante que la distingue entre todas».

Es voz, que con timbre tan personal e inconfundible como las de Pablo y Juan, no ha dejado de resonar a lo largo de los siglos, se hubiera perdido, en el mero y general estruendo de la catarata de sangre de tantos millares de «testigos» de Jesús, si Ignacio de Antioquía no hubiera tenido, camino de su martirio, la oportunidad, única y feliz, de escribir las siete maravillosas cartas, trasunto de su alma, «martirio» también ellas, testimonio vivo y auténtico de un amor a Jesu-Cristo, de una intimidad y profundidad religiosa, de una densidad de pensamiento teológico en los albores mismos del cristianismo, de una originalidad literaria tan sola y señera, que alcanzan categoría de documento único dentro de lo más variados campos de la historia de la Iglesia, de la teología, de la mística y aún de la lengua y de la literatura griega. Y dada esa importancia, excepcional y múltiple, de las cartas de San Ignacio, era natural que se convirtieran también en campo de una batalla que ha durado siglos, pero que bien podemos dar ya por definitivamente ganada para gloria del testigo de Jesús. «Las voces de los que atacaban la autenticidad de estas cartas —decía A. von Harnack en 1926— están casi extinguidas». Ninguna se ha levantada de entonces acá que merezca ser oída. De todo esto hay que decir largamente en esta introducción. Y digamos, ante todo, de la persona del autor.

CAMINO DEL MARTIRIO

En realidad, lo que de San Ignacio Mártir sabemos, aparte de su episcopado en Antioquía y su martirio en Roma, se reduce a lo que él mismo nos dice de sí en sus cartas o nosotros podemos

2 A. von Harnack, *Die Briefsammlung des Apostels Paulus und die anderen vorkonstantinischen christlichen Briefsammlungen*, pp. 28-29 (Leipzig, 1926). En el mismo contexto, el autor compara con el juicio del viejo Lachmann, que en las cartas de Ignacio no se ve otra cosa que «tonterías», el del gran filólogo E. Norden: «las cartas de Ignacio son lo más magnífico que nos ha dejado esta época; ellas nos encantan por la llama y el fulgor de un alma que aspira a ser arrancada de la tierra por una muerte afrentosa y celeste». Harnack añade: «Las voces de los que atacaban la autenticidad de estas cartas están casi extinguidas». Entre esas voces, se destacó, en otro tiempo, la de Renan: *Les Evangiles*, pp. XIX y ss. Y 448 y ss., 1877. De las siete cartas, rechazaba seis, aduciendo, como principal razón, que una doctrina eclesiológica hasta tal punto desarrollada no podía remontarse a los tiempos de Trajano. (Nota de Grandmison: *Jesucristo*, p. 941)

por ellas lícitamente conjeturar. Como de toda grande personalidad histórica, la leyenda se apoderó tempranamente de su vida. Esta leyenda empieza por hacer presa en su mismo nombre. Ignatios, que es helenización del nombre latino Egnatius, se puso en relación con ignis «fuego», pues fuego efectivamente respiran tantos pasajes de sus cartas.³ A usanza romana, junto con el nomen, Ignacio lleva también un cognomen, que es el nombre griego de Theophoros. Ahora bien, este nombre griego admite doble sentido, activo o pasivo, según la acentuación. Theóphoros significa «llevado», «conducido», «inspirado» por Dios, y sobre tan leve fundamento se construyó la leyenda de que San Ignacio mártir fue aquel niño afortunado que tomó Jesús en sus brazos (niño, por tanto, Theóphoros) y puso en medio de los apóstoles cuando, con ocasión de sus disputas sobre primacías, les dio aquella divina lección de cosas sobre la humildad (Mt 18,1 y ss.). La leyenda fue propalada por Simón Metafrastes, hagiógrafo griego del siglo X. San Vicente de Beauvais afirma que San Ignacio fue dicho Theóphoros, porque habiéndole sido cortado el corazón en pedazos, en cada uno de ellos fue hallado el nombre de Jesús escrito en letras de oro.⁴ No hay leyenda que no tenga alguna belleza y esta de Vicente de Beauvais es en verdad una leyenda de oro de pura poesía.

Mas le viniera a San Ignacio este sobrenombre de su bautismo, en que él lo añadiría a su nombre, digamos, civil romano, o se lo pusiera él sobre pensado como cifra de su vida espiritual, que realmente en ese nombre se define, no hay inconveniente en creer que Ignacio lo sentiría como palabra viva y mote glorioso e incitador en su sentido activo de theophóros o «portador de Dios». San Ignacio mismo llama a todos los creyentes (a los Efesios IX, 2), entre otras cosas, portadores de Dios» (theophóroi) y «portadores de Cristo» y tal, indudablemente, se sentía él también. Este sentido activo da también al nombre de Theophóros el narrador del Martyrium, que hace comparecer a Ignacio ante trajano, en la propia Antioquía, falsamente, como veremos. Trajano interroga al mártir:

—¿Y quién es el portador de Dios?

Respondió Ignacio:

3 Es excusado advertir que ni *Ignatius* ni *Egnatus* tienen nada que ver con *ignis*. Parece ser que se trata de un nombre primitivamente samnio. Que un sirio, antioqueño, llevara un nombre romano, se explica desde luego por el hecho de que, al fin y al cabo, San Ignacio era súbdito de Roma y era de buen tono adoptar los nombres de los señores romanos o romanizar los griegos.

4 Citado por Bereille en *Dictionnaire de Theologie Catholique* (Dthc), tomo 7, col. 685.

—*El que tiene a Cristo en su pecho.*⁵

Totalmente a oscuras también estamos sobre los comienzos de la vida cristiana de San Ignacio. ¿Llegó tempranamente a la luz de la fe? ¿Entró en la Iglesia empujado por la violencia divina de la gracia, derribado como Pablo en medio del camino de la vida pagana, por donde hubiera antes corrido a riendas sueltas de pasión y de pecado? Ello le asemejaría, en un rasgo más, al apóstol San Pablo, a quien habría también imitado luego en el ardor único por redimir el tiempo en que no amó al Maestro y en el ansia ardiente con que anheló ser desatado de todo lo terreno para unirse con Él. Mas aquella apelación, agradecida y trágica, a la anterior vida de ceguera y de pecado que tan patéticamente resuena en tantas páginas de las cartas paulinas, apenas si se percibe en las de Ignacio. En las últimas confesiones de humildad, tan frecuentes y conmovedoras, de estas cartas, no vemos que le duela jamás al mártir la punzada del remordimiento ni le amarguen los pasos de los tristes recuerdos del pecado. Llámase indigno de ser contado entre los fieles antioqueños y hasta se da, por reminiscencia paulina, el nombre de abortivo; pero de ahí no cabe deducir sino su humildad profunda y sincera.

El primer dato cierto que la tradición consigna sobre San Ignacio es su sucesión en la cátedra episcopal de Antioquía, si bien vacila en el orden de esa sucesión. Orígenes (in Luc. Hom. VI)⁶ le hace segundo obispo de Antioquía, es decir, primero después de San Pedro. Eusebio afirma que sucedió a Evodio, primer obispo de Antioquía, hacia el año sesenta y nueve.⁷ San Juan Crisóstomo⁸ le supone sucesor inmediato de San Pedro, elegido y consagrado de mancomún por San Pedro y San Pablo. Las Constituciones Apostólicas parten por mitad y hacen elegir a Evodio por San Pedro y a Ignacio por San Pablo. Y como medios hay de composición en la crítica para todo, como para la caballería andante los hallaba Don Quijote, se han supuesto en Antioquía dos obispos, uno para los creyentes venidos del judaísmo y otro para los del paganismo. Construcción fantástica, que pudo ser grata a los partidarios del paulinismo y del petrinismo (otra fantástica construcción), pero que no tenía otro fin que asegurar para San Ignacio el carácter de vir apostolicus.

5 Véase el contexto de la versión íntegra del *Martyrium Colbertinum*, p. 173.

6 Migne, P. G., XIII, 1815.

7 Hist. Eccl. III, 22.

8 En la homilía, cuya versión damos al final de este volumen.

¿Mas trató efectivamente San Ignacio con los apóstoles? Ya la simple lectura de Eusebio⁹ nos pone en dudas, pues solo de Policarpo confirma que fue discípulo de los apóstoles (ton apostólon homiletés). Condiscípulo de Policarpo en el trato y conversación de San Juan Evangelista supone a San Ignacio el Martyrium Colbertinum; pero este dato está en contradicción con la propia carta de Ignacio a Policarpo, en que da con suficiente claridad a entender que no se conocían antes. Del conocimiento que en Antioquía pudo tener San Ignacio de los apóstoles San Pedro y San Pablo, ningún rastro directo queda.

Pero hay algo más interesante que este mero conocimiento y vista material, que el mismo Ignacio, con lenguaje aprendido de Pablo y Juan hubiera llamado «según la carne», y por Juan indudablemente conocía la palabra del Señor de que «el Espíritu es el que da vida y la carne no vale para nada» (Jn 6,36). Ahora bien, según el espíritu, Ignacio fue un maravilloso y personalísimo discípulo de los apóstoles Pablo y Juan, de éste singular y muy particularmente. Hay que detenerse en este punto, pues él nos descubre el secreto de esta alma ardiente y contemplativa, tan penetrada de intimidad con el Señor, como poseída de sentido profundo de la disciplina, de la unidad, de la íntima trabazón del cuerpo de la Iglesia, y ello como condición precisa para que por todo él corra, fuerte y vigorizador, el espíritu y la vida de Jesu-Cristo y del padre. Ignacio se nos presenta así, como se nos presentarán más tarde tantos egregios espíritus, como podemos, en fin, afirmar que se nos presenta la Iglesia católica misma, como una integración, como una armonía viva de Pablo y Juan, del misticismo y la disciplina, del impulso y del orden.

En el sentido, pues, espiritual, y de os original y profundo, Ignacio es, ante todo, un discípulo de Juan, un fruto sazonado de su evangelio. Es un hecho que no puede ponerse en duda, a no mirarlo obcecados por un prejuicio crítico, que Ignacio de Antioquía conoce el cuarto Evangelio. Lo leyó, lo meditó, lo asimiló, lo vivió íntimamente y luego, cuando en ocasión única y en estado de ánimo excepcional, bajo la tensión de espera del martirio, toma la pluma para comunicarse familiarmente con algunas comunidades cristianas, sin asomo de esfuerzo ni violencia, sin necesidad apenas de una citación literal, el espíritu más peculiar de este peculiarísimo Evangelio penetra y se extiende, como el perfume de María de Betania, por cada página y por cada línea de las cartas del obispo de Antioquía. Este fluir soterráneo, esta especie de cita implícita tiene quizá

9 Hist. Eccl., III, 36.

más valor que un largo y cómo extracto, que es perfectamente compatible con un trato superficial de la obra o del autor saqueado. Ya raya en lo trivial la afirmación de que los libros que más influyen en nosotros son los que hemos olvidado de... puro sabidos.

Como el hecho tiene tamaña importancia en la cuestión de orígenes y autenticidad del cuarto Evangelio, se ha querido eludir la fuerza de este testimonio, apelando a una escuela teológica, vaga e imprecisa, extendida por el Asia, en que dominaba una doctrina y hasta un ambiente joánico, del que habría surgido, aparte el cuarto Evangelio, la carta ad Ephesios, las Pastorales y las de San Ignacio.

Mas justamente lo que se trata de explicar es cómo surge, de Éfeso a Antioquía, este ambiente joánico, caldeado de tan ardiente amor a Jesús e iluminado por tan limpia lumbre de especulación teológica y mística. Y sustituir una vaga fantasía al hecho tangible del cuarto Evangelio es pretender explicar una escuela «joánica» sin Juan.¹⁰

Mas dejemos el aspecto polémico de la cuestión y tratemos de entrar en el alma de Ignacio, joánica por naturaleza, nacida para amar y contemplar y sobre todo —a imitación del solo maestro Jesús— para darse y sacrificarse. Como Juan, Ignacio sabe que Jesús es el Logos de Dios, por quien Él se manifestó al mundo. Jesús es su Dios, Jesús es su vida. Mas el mismo Evangelista que le enseñara a remontarse a la visión de la divinidad de Jesús, que está sobre el tiempo y desde lo eterno mora en el seno del Padre, le imprimió también el sentimiento vivo, insistente, casi machacón de la humilde, terrena, carnal y pasible realidad de quien se confesó —y de ello hace motivo de gozo para los suyos— menor que el Padre.

Juan narra lo que él mismo vio y oyó y tocó y con sus propias manos palpó del Verbo de la vida, que se manifestó a nosotros y a par que le oyó decir a Jesús: «Yo y el Padre somos una misma cosa», le vio también fatigado del camino, pidiendo, para matar su sed, un vaso de agua a la mujer de Samaria. No menos fuerte es en Ignacio el sentimiento de la doble realidad de Jesús, de su humanidad verdadera y de su divinidad inefable; de la verdad de su vida terrena y de la trascendencia de su gloria eterna. Las fórmulas en que San Ignacio expresa y concreta su sentir, su gnome sobre Jesús son de tal precisión y limpidez que pudieran pasar —y algunas han poco

10 Sobre la relación de San Ignacio con el cuarto Evangelio, cf. Lagrange: *Evangile selon Saint Jean*, p. XXV a XXVII, 1925. Allí se recogen y confrontan todos los pasajes de influencia literalmente joánica. El P. Lagrange copia este juicio de Sanday: *The critics of the fourth Gospels*, p. 242: «But I do not assimilated to an extraordinary degree the teaching that we associate wit the name of St. Johm». Véase también Grandmaison: *Jesucristo*, p. 147-148, Barcelona, 1932.

menos que literalmente pasado— a un símbolo de la fe. Recuerde el cristiano lector el credo apostólico y compárelo mentalmente con esta regula fidei que San Ignacio trasmite a los fieles de la ciudad asiática de Trales.

«Así pues, cerrad vuestros oídos cuandoquiera se os hable fuera de Jesu-Cristo, que es del linaje de David e hijo de Mará: que nació verdaderamente y comió y bebió; fue verdaderamente perseguido bajo Poncio Pilato y verdaderamente crucificado y muerto, a la vista de los moradores del cielo, de la tierra y del infierno. El cual verdaderamente también resucitó de entre los muertos, por virtud de su Padre, quien a semejanza suya, nos resucitará también a nosotros que creemos en Él. Sí, su Padre nos resucitará en Jesu-Cristo, fuera del cual no tenemos vida verdadera».
(Carta a los tralianos, IX)

Hay, en conclusión, un realismo joánico que contrasta con el vuelo de águila que se cierne en las alturas del prólogo de su Evangelio, y hay también un realismo ignaciano que no parecía de esperar de un alma de tan fuerte impulso místico. Ambos se asen fuertemente a la carne de Jesús, después de contemplar de hito en hito los esplendores de su divinidad. Tal, en el caso de la Eucaristía. No puede haber duda de que San Ignacio ha leído y meditado aquel gran discurso de los grandes desconciertos para los carnales judíos —y que es todo un divino concierto de la fe— que pone Juan en boca de Jesús en la sinagoga de Cafarnaún. Para Ignacio, como para Juan, Jesús es «el pan de Dios», que no puede ser comida sino «dentro del altar». La Eucaristía es la carne y sangre verdadera de Jesús, la misma que sufrió por nosotros en la Pasión. «Mi carne —dijo Jesús, retando al tumulto de los incrédulos de Cafarnaún y al de los incrédulos de todos los tiempos— es verdadera comida y mi sangre es verdadera bebida» (Jn 6,55). Ignacio les escribe a los romanos, en un contexto de suma belleza literaria y de alta tensión mística: «El pan de Dios quiero, que es la carne de Jesu-Cristo; su sangre quiero por bebida, que es amor incorruptible» (Carta a los romanos VII, 3). Dijo Jesús y transcribió Juan: «En verdad, en verdad os digo, si no comiereis la carne del Hijo del Hombre y no bebieréis su sangre, no tenéis vida en vosotros» (Jn 6,53). Ignacio escribe a los fieles de Éfeso: «Reuníos para romper un solo pan, que es medicina de inmortalidad, remedio para no morir, sino pan para vivir por siempre en Jesu-Cristo (Carta a los efesios XX, 2).

Juan fue también, sin género de duda, quien introdujo a Ignacio en el misterio —en el secreto— de la vida del verbo in sinu Patris, lo mismo que en la intimidad del hijo humanado, menor

que el Padre, sujeto a Él según la carne, obediente en todo a su voluntad, hecho una cosa con Él, sin otro afán que agradarle y manifestar su nombre a los hombres que Él le diera y encomendara,

La misma y muy característica frecuencia con que San Ignacio habla del Padre, es su rasgo joánico, como exactamente ha notado Grandmaison.

Pero no es mi intento llevar aquí hasta el cabo y la minucia ínfima el paralelo entre San Juan y el alma joánica de Ignacio; más que nada con algo de paciencia y curiosidad puede hacerlo el lector sobre el texto miso de las Cartas ignacianas que aquí le ofrezco. Más bien quiero insistir en aquel algo difuso, inasible e inexpresable que no puede concretarse en dos citas paralelas, pero que es perfectamente perceptible en un como aire de familia de dos almas, de dos espíritus y, por ende, de dos estilos de vida y escritura. ¿Cómo olvidarme, por ejemplo, de aquella dulce insistencia con que el nombre de Jesús salta en uno y otro del corazón a la pluma, por aquella como obsesión por el que es objeto solo y sumo del amor de estos dos remotos místicos? Ábrase por cualquier página el cuatro Evangelio y ábrase también una carta de San Ignacio y por doquiera se verá fulgurar, como una gema en la noche, el nombre de Jesús. Lo mismo que en San Pablo. Sí, naturalmente, y lo mismo que en cualquier otro «mártir» de Jesús, testigo suyo por la sangre o por el amor. Una lectura, en fin, simultánea de Ignacio y Juan hace sentir de modo indubitable cómo toda la llamarada mística del alma de Ignacio se prendió en las chispas que saltan perennemente de las páginas del Evangelio espiritual.

Y ya una palabra sobre San Pablo, maestro también indubitable de San Ignacio de Antioquía. En la escuela de Pablo aprende Ignacio, principalmente, aquel fuerte sentido de disciplina, que no es la menor de las maravillas en el alma compleja, contradictoria y varia —y sin embargo, tan única y armónica— del Apóstol de las naciones. Después de la de San Pablo, y como eco inconfundible de la suya, ninguna voz ha sonado tan clara y precisa, tan enérgica y apremiante, llamando a la unidad, a la subordinación y orden jerárquico, como la de este testigo de Jesús camino del martirio.

Con razón fue este, para quienes en los tiempos modernos habían roto la unidad amada de la Iglesia, el obstáculo máximo para reconocer la autenticidad de las cartas ignacianas y la valla infranqueable que les impidió asomarse ni someramente a un alma tan católicamente intransigente. A San Ignacio cabe justamente la gloria de haber sido el primero que dio a la Iglesia «donde está Jesu-Cristo» este ya imperecedero nombre de «católica», es decir, universal, sin límite de

tiempo ni espacio. Ahora bien, esa Iglesia, a par de universal, es una, con una rigurosa jerarquía de obispo, sacerdotes y diáconos, sin los cuales «no hay nombre de Iglesia». La jerarquía es el anillo que nos enlaza con Jesu-Cristo y éste con el Padre. Porque este sentido, estricta y subidamente sobrenatural de la jerarquía, no sólo por su origen e institución, sino por su función en la vida de la Iglesia, es uno de los rasgos más bellos de la concepción y doctrina ignaciana, que no pudo venirle sino de su fuente primera, San Pablo, y, en último término, del mismo Evangelio. Como Jesu-Cristo —dice San Ignacio— «es el pensamiento o sentir del Padre, así los obispos, establecidos en los confines de la tierra, están en el pensamiento o sentir de Jesu-Cristo» (Carta a los efesios III, 2). Hay que transcribir íntegro el capítulo VII de la carta a los magnesios —no hay inconveniente en que el lector lo lea por dos veces—:

«Así pues, al modo que el Señor nada hizo sin el Padre, hecho que estaba una cosa con Él —nada, digo, ni por Sí ni por sus apóstoles—, así tampoco vosotros hagáis nada sin contar con el obispo y los ancianos... Una sola oración, una sola súplica, una sola mente, una sola esperanza en la caridad, en la alegría sin mácula, y todo los es Jesu-Cristo, mejor que el cual nada existe. Corred todos a una como hacia un solo templo de Dios, como hacia un solo altar, hacia un solo Jesu-Cristo, que procedió de un solo Padre y para uno solo es y a uno solo vuelve (Carta a los magnesios VII,1-2).

Quien así habla, había indudablemente leído la lección de unidad que da San Pablo a la Iglesia o grupo de Iglesias, a quienes dirige la circular ad Ephesios: «Un solo cuerpo y un solo espíritu, al modo que fuisteis llamados en una sola esperanza de vuestro llamamiento...»¹¹

Mas habría que transcribir íntegras las cartas todas de San Ignacio y ahí las tiene, en efecto, transcritas el lector y ahí puede comprobar por sí mismo cómo la obediencia a la jerarquía de la Iglesia, la unidad apretada de todos los creyentes en Jesús en torno a los que le representan en la tierra es el leitmotiv de toda esta ardiente correspondencia camino del martirio. En este tema de la unidad y armonía, logra San Ignacio trozos, breves sin duda, de auténtica belleza literaria por la finura y originalidad de las imágenes, de que gusta como buen oriental. Tal, por ejemplo, aquella de que «el colegio de ancianos está tan armoniosamente concertado con su obispo, como las cuerdas con la lira»; o aquellas en que presenta la iglesia entera como un gran coro que canta,

11 Ef. 4,3 y ss.

al unísono de fe y amor, a Dios Padre por Jesu-Cristo, y tantas otras más.

A los pechos, pues, de Juan el discípulo amado y enamorado de Jesús y a los pies también de Pablo, gran capitán y no menor organizador de sus conquistas en el reino de Dios, se formó este obispo de Antioquía que ahora, camino del martirio, en Esmirna o Alejandría Troas, dicta estas siete Cartas, trasunto de su alma y de su espíritu. Se formó también en el resto de las Escrituras, que eran para él palabra divina, a la que se apela en última instancia en toda contienda de ideas, lo mismo del Antiguo que del Nuevo Testamento. San Ignacio distingue claramente la Ley y los Profetas y sobre una y otros profesa ideas originales y profundas. La Ley ha caducado, pues a la Ley ha sucedido la Gracia, antítesis que pudo aprender en el pórtico mismo del Evangelio de San Juan, en aquel breve versillo, tan preñado de sentido: La Ley fue dado por medio de Moisés; pero la Gracia y la Verdad fue hecha por medio de Jesu-Cristo» (Jn 1,17) Los que venían aún a inquietar a los fieles con las antiguas prescripciones o con especulaciones sobre ellas, no hacían sino contar «cuentos viejos, de todo punto inútiles». El obispo antioqueño no va tan lejos en su actitud frente a lo antiguo, como aquel doctor alejandrino que se escondió bajo el nombre de Bernabé y redujo a polvo alegórico todo el Antiguo Testamento, fascinado por la gloria y novedad que nos trajo Jesús; pero no rechaza menos enérgicamente toda antigua levadura de judaísmo, vieja y agriada, y reclama que nos transformemos en la nueva, que es Jesu-Cristo.

Jesu-Cristo lo es todo para Ignacio. No es posible ya hablar de Jesucristo y vivir conforme al judaísmo, etapa de revelación y vida divina superada y caducada. A judaísmo se opone ya netamente cristianismo y aquí es también San Ignacio innovador en la lengua, como lo es todo escritor que tiene —rara avis— más ideas que decir que palabras con que expresarlas. Él es, a lo que parece, el primero en usar la palabra cristianismo, disparada aquí contra el judaísmo.

En todo esto, hay un eco de las luchas que el obispo antioqueño tuvo que sostener contra el nunca del todo muerto partido judaizante, justamente en aquella Antioquía que vio como chocaban, en ocasión memorable, el ímpetu y celo desbordado de Pablo y la tolerancia y condescendencia, un tanto oportunista, de Pedro. En aquellos días en no todas las posiciones estaban definitivamente tomadas —¡estamos en pleno siglo I, en los albores del cristianismo!— Ignacio venera y respeta lo antiguo; pero percibe con absoluta claridad dónde está la arista viva en que lo antiguo se interpreta con lo nuevo. Toda ha de partir de esa arista, que es Jesu-Cristo. Bello es el sacerdocio antiguo; pero hay un sumo sacerdote a quien se ha confiado el Santo de los santos y es el

solo que penetra los secretos de Dios. Él es la puerta (imagen joánica) por donde entran Abraham, Isaac y Jacob. Bello es todo el Antiguo Testamento; «pero el Evangelio tiene algo más señalado y excelente: La venida del Salvador, nuestro Señor Jesu-Cristo, su pasión y su resurrección» (Carta a los filadelfios IX). ¡Qué joánico, qué paulino, qué moderno, qué eterno nos suena todo esto!

Lo que aquí consigna San Ignacio escribiendo a una Iglesia lejana, no cabe duda que lo pregonaría mil veces en la gran metrópoli de oriente, cristiana, judía y pagana en una pieza. Porque, claro está —y a eso vamos en este análisis—, toda esta vida interior de intimidad joánica y ardor paulino, tuvo que transfundirse del alma de Ignacio al alma de sus ovejas en los largos años de pastor en Antioquía. ¡Cómo hubo de amar Ignacio a su Iglesia! Camino de su martirio, no la olvida un momento. Él se tiene por el menor de sus fieles e indigno de ser contado entre ellos. Por ella implora las oraciones y la caridad de todas las demás Iglesias y sólo le consuela que, faltando él, Dios será su pastor. Jesús mismo hará veces de obispo, junto con la caridad de las Iglesias hermanas. Cuando en Alejandría Troas recibe la buena noticia de que la paz ha renacido en Antioquía, no son menos de tres las cartas que escribe —y lo mismo hará en Filipos— rogando que se transmita a la Iglesia la felicitación de su obispo que camina al martirio. El martyrium, pues, interpreta bien la realidad (ya que no podemos tomarlo del todo como documento histórico), cuando nos dice que Ignacio, varón apostólico, gobernaba con todo cuidado la Iglesia de Antioquía, empuñando, como diestro piloto, el timón de la oración y del ayuno, para sortear las tormentas de las persecuciones desencadenadas bajo el feroz y mísero Domiciano.

Ahora bien, ¿qué motivó la condenación a muerte del obispo de Antioquía por los años 107? No se sabe absolutamente. Podemos, sin embargo, razonablemente conjeturarlo. Faltan solo unos años para que Plinio el Joven sea destinado por su protector Trajano a gobernar la provincia de Bitinia y allí se encuentra con el conflicto que plantea el caso de los cristianos. Las delaciones son incontables. Plinio hace algunas pesquisas y ordena algunas ejecuciones; pero, al fin hombre culto y moderado, siente terror ante las medidas de exterminio general que serían necesarias y no quiere tomarlas sin consultar con su amo, Trajano, a quien escribe su famosa carta (año 111). El emperador contesta con su menos famoso rescripto sobre los cristianos. Tal como en Bitinia hacia el 112, sería la situación de Antioquía por el 107. Hay allí numerosos judíos. El más leve motivo pudo suscitar un tumulto que se revolvió contra los cristianos y, como nos relatará el Martyrium

Polycarpi en el caso de éste en Esmirna, alguna voz gritaba: «¡Búsquese a Ignacio! ¡Mueran los ateos!»

Como quiera que fuese, Ignacio fue condenado a muerte por el legado imperial de Siria, y emprendió el camino de Roma por mar y por tierra, atado, como él dice, a diez leopardos, como llama al pelotón de soldados que le custodiaban y que se volvían peores con los mismos beneficios que recibían: Buena escuela en que el mártir aprende a ser discípulo de Jesús. De Seleucia, puerto de Antioquía, se dirige a las costas de Cilicia o Panfilia, para proseguir desde allí su viaje por tierra. De un diácono de Cilicia, Filón, nos habla San Ignacio en su carta a los filadelfios XI y de él hace el más cumplido elogio, si bien no es en Cilicia donde se agrega a la comitiva, sino que le viene acompañando y sirviendo, con renuncia de su vida, desde la Siria.

Como hay que dar por sentado que San Ignacio no pasó por Éfeso y sí por Filadelfia, hay que suponer que los viajeros se internaron en dirección norte por el camino que atravesaba Laodicea, Hierápolis, Filadelfia y Sardes para desembocar en Esmirna, y dejaron a trasmano el otro que aprovechaba el valle del Meandro por Trales, Magnesia, Éfeso y Esmirna. Por uno u otro camino, las huellas de los primeros evangelizadores, de pablo sobre todo, que tantas veces zigzagueó por aquellas vías del Imperio para establecer el de Jesu-Cristo en el mundo, tenían que aparecer fresca aún, si no a los ojos, si a la mente y al recuerdo del obispo que las atravesaba ahora camino de Roma para dar testimonio sangriento de su fe. El viaje, que tendría hartos trances de dolor y trabajo, ofreciendo a Ignacio ocasiones de mostrarse, o «empezar a ser», como él dice, discípulo de Jesús, se asemejaba en otros momentos a una marcha triunfal, al paso de la caravana por alguna de aquellas cristiandades, florecientes y férvidas, espléndida cosecha de la sementera apostólica de hacía solo cincuenta o menos años.

La prisión del obispo era bastante mitigada y aquellos diez leopardos de la guardia se dejarían fácilmente amansar con las dádivas que quebrantan peñas, cuánto más a rotos soldados. Ignacio podía saludar a sus hermanos en la fe, exhortarlos a la concordia entre sí y al fervor de la fe y vida cristiana y hasta tener con los dirigentes largas juntas, como esta de Filadelfia, donde se quiso, tal vez, sorprender su buena fe, pero en que él levantó su voz, «fuerte voz, voz de Dios», apelando a la unión con el obispo, como recurso definitivo contra toda infiltración herética. La vida de aquellas comunidades era muy intensa y donde hay vida, la hay, fatalmente, para el bien y para el mal, como en bosque tropical brota lo mismo, con la indiferencia de lo elemental, la

planta benéfica y la hierba venenosa. Una fermentación especulativa hervía ya entonces por las comunidades asiáticas que atraviesa el obispo de Antioquía. Aquí en Filadelfia, asistimos a uno de aquellos conciliábulos y conventillos que los teorizantes gustaban de tener a espaldas del obispo y aún nos llega un eco de la disensión sobre puntos vivos entonces, interesantes siempre, en que ya se apela, para creer, a «los documentos», a «los archivos» (¡letra contra espíritu!) y se oyen réplicas y contrarréplicas y seguramente nadie convenció a nadie.¹²

Llegado el convoy a Esmirna, Ignacio fue recibido por Policarpo y por toda la comunidad esmirniota no como un pasajero, sino como un embajador de Jesu-Cristo, como el Señor mismo. Mas no solo los esmirnitas, sino las comunidades de Éfeso, Magnesia, Trales y otras le mandaban delegaciones, con sus obispos a la cabeza, para saludarle y hacerse, como dice el Martyrium, de algún modo partícipes de los dones de su gracia espiritual. Y por fortuna, no solo participan ellas, sino también toda la universal Iglesia tuvo y sigue teniendo parte en aquellos dones del espíritu de Ignacio que tan gallarda muestra dieron de sí en esta estación de Esmirna. Desde aquí, en efecto, dictó San Ignacio cuatro de sus cartas: A los efesios, a los de Magnesia, a los tralenses y a los romanos. Las otras tres, a Filadelfia, a Esmirna y al propio Policarpo, las dictará en la próxima parada de Alejandría Troas. Son las siete Cartas que podrá luego leer el piadoso lector o ahora mismo, si ya le fatiga, como es probable, tanta Introducción. Mas supuesto que no tenga tanta prisa y ya que aquí en Esmirna se para largos días el convoy en espera de la nave que los ha de llevar, bordeando islas homéricas, a la punta de la Tróada, tierra de la Ilíada (recuerdos sin duda ajenos al alma de Ignacio), parémonos también nosotros a departir con los críticos que vieron un reparo de mayor cuantía a la autenticidad misma de los escritos en esta especie de apoteosis anticipada del mártir, venerado por las Iglesias de tránsito y con libertad y vagar bastante para redactar largas cartas.

El reparo se desvanece con solo recordar que no otra fue la manera de trato dado al apóstol San Pablo, prisionero también —si bien civis Romanus— llevado de Cesarea a la capital del imperio, para sustanciar su causa ante el César. No hay inconveniente en suponer que entre aquellos diez leopardos hubiera un capitán que, como el Julio que custodia a San pablo, sintiera humanamente —philanthrópos, dice San Lucas— y le permitiera salir a saludar a sus amigos y pro-

12 Carta a los filadelfios VIII.

veerse de lo necesario.¹³

Se ha sacado también a relucir, a este propósito, la obra de Luciano de morte Peregrini y se ha ido tan lejos que se ha querido ver en ella una caricatura del mártir antioqueño por el satírico samosatense, sirio como Ignacio. Luciano —se dice— habría hasta conocido las cartas de San Ignacio. La lectura y estudio de la obra de Luciano deja —o me ha dejado a mí— una impresión totalmente contraria a semejante idea.¹⁴ El infeliz Peregrino, o como él gusta más de apellidarse, Proteo, fue un filósofo cínico, que, aguijado por la comezón de gloria y nombradía pasa, como el Proteo homérico, por todo linaje de transformaciones hasta transformarse también en fuego, quemándose vivo en Olimpa, viejo ya, y a la vista de innumerables espectadores. Proteo, exaltado por uno de sus panegiristas hasta parangonarle con Zeus olímpico, es presentado por otro orador —Luciano mismo— como padrón de desvergüenza. Después de ahogar a su propio padre por lástima de que se hiciera viejo, se dio a la vida vagabunda y vino a hacerse cristiano en Palestina. Aquí descuella muy pronto entre sus nuevos correligionarios, que son a su lado como chiquillos que le miran embaucados. Como cristiano, Peregrino es ahora encarcelado y él explota el pericance para saciar su ambición de gloria. La cárcel se ve asediada desde la madrugada por vejezuelas viudas y niños huérfanos; los dirigentes cristianos, sobornando a los carceleros, entran a pasar la noche con él, cenan opíparamente y charlan sobre asuntos de su religión. «Peregrino —dice peregrinamente Luciano— era llamado por los cristianos un nueve Sócrates». Es más, del Asia vienen delegaciones que traen ayuda y consuelo a Peregrino, para quien sus cadenas se convierten así en mina de dinero. Luciano intercala aquí unas cuantas vaciedades sobre el cristianismo, que solo prueban cuán lejos estaba el pobre satírico de Samosata de comprender el espíritu nuevo, «la nueva iniciación» de la vida, que introdujo, el que, como él dice, fue empalado en Palestina y cuyo nombre no pronuncia. El gobernador de Siria, que es hombre dado a la filosofía, al enterarse de la locura por la gloria de Peregrino, le suelta y da libertad, por no tenerle por digno ni de ser castigado. Proteo sigue sus andanzas, contadas con alguna incongruencia por Luciano; explota un tiempo la buena fe de las comunidades cristianas; apostata luego del cristianismo y por fin, viejo ya, se arroja aparatosamente a una pira. No alcanzo, francamente, cómo de

13 Hch 27, 3.

14 La obra *de norte Peregrini* puede leerse en *Luciani Samosatensis opera ex recensione Guilielmi Dindorfii*. Fermin Didot. Paris, MDCCCLXXXIV, p. 687 y ss.

la vida y figura de Ignacio de Antioquía, si la conoció jamás Luciano, pudo salir, ni literariamente hablando, este estrafalario Proteo de Pario. La semejanza de la situación en la cárcel —asistencia de los cristianos y hasta comisiones de ciudades lejanas— son hechos que debieron darse incontables veces en siglos de persecución y nada prueban. Y sin embargo, se ha llegado a suponer que las siete Cartas de San Ignacio no son obra suya, sino de Peregrino Proteo en su época de cristiano; fantástica aberración, a la que se hace sobrado honor al mencionarla.¹⁵ Lo que, en cambio, si prueban los pasajes de Luciano es la absoluta verosimilitud de la situación de relativa tolerancia y suavidad de su prisión que suponen y hacen posibles las cartas. ¡Que su viaje se asemeje más bien a una marcha triunfal! ¿Y qué duda cabe que a los ojos de los cristianos lo era efectivamente?

Día grande en verdad el en que Ignacio, cargado de cadenas, llega a Esmirna y da ósculo de paz a Policarpo y recibe a obispos, ancianos y diácono de Éfeso, Magnesia y Trales, hombres todos —o muchos de ellos, por lo menos— que habían visto y oído a los apóstoles. Y momento en verdad venturoso aquel en que Ignacio, a ruego de los mismo delegados de las Iglesias y cediendo también a un muy natural de gratitud y amor cristiano, toma la pluma para conversar con ellos a distancia, en el espacio, y con nosotros, en el tiempo.

Indudablemente aquellos obispos, presbíteros y diáconos, cuyos nombres han de ser para nosotros tan amables como para sí confiesa San Ignacio que lo eran, departieron con éste en Esmirna sobre el estado y vida de sus Iglesias y, de rechazo, por lo que él contesta en sus cartas, lo podemos también barruntar nosotros. Bien al revés de los que nos pasa a nosotros, que hemos perdido en esto la auténtica perspectiva de la vida cristiana, los creyentes a quienes escribe San Ignacio están antes preocupados por problemas dogmáticos que morales y las cartas ignacianas, si no son, como las de San Pablo, grandes tratados teológicos, panoramas infinitos tomados desde otros inaccesibles —y mal se prestaba a componer tales tratados el andar cargado de cadenas—; sin embargo, en medio de las efusiones de cariño y gratitud, de las personas concretas, cuyos nombres se escriben con amor, las atraviesa todas un fulgor teológico tan intenso que las hacen documentos inapreciables para la historia de los albores de la especulación cristiana. El

15 Lo referente a la prisión y cristianismo de P., en Luciano *de Morte Peregrini*, p.11-14. La sensata y definitiva refutación de la opinión de un tal Völker sobre la atribución a P. de las cartas ignacianas, en *Pauly-Wissowa RE XIX*, I, p. 662-3, firmado por K. von Fritz.

*centro de esa especulación lo constituía, como no podía ser menos, la persona del Señor. La afirmación de su divinidad, de su filiación divina, de su preexistencia eterna está expresada y reiterada en San Ignacio y es la fe de la Iglesia, asentada sobre la roca de la confesión de Pedro e iluminada por la predicación de Pablo y Juan y de todos los demás que desde el principio fueron testigos de vista y ministros del Verbo. Mas ¿cómo imaginar a un Dios-Hombre, nacido de mujer, pasible y mortal? Fue el primer problema que se planteó la mente cristiana, eco del escándalo y locura de la cruz —de la encarnación y pasión— para judíos y helenos. El docetismo (del verbo griego *dokein* «parecer») se remonta ya a los días de los apóstoles y hubo de ser combatido por San Juan que tan insistentemente exige la confesión de que «Jesús vino en carne» (1 Jn 4,3). La tradición pone en frente del discípulo amado a Cerinto, doctor hebreo que exaltaba la trascendencia de Dios, quien no puede comunicarse con el mundo de la materia sino a través de un mediador. Mucho menos, pues, pudiera tomar carne y hacerse hombre. Lo más sería una apariencia. El misterio más fuerte, más vital, más arrebatador de las almas en el cristianismo, la Encarnación, la fe y el amor a un Dios-Hombre, se volatiliza así como una esencia. Se volatiliza, en verdad, la esencia misma del cristianismo.*

¿Cundía la herejía docética por Antioquía y quería San Ignacio prevenir, dar la voz de centinela, cómo él dice, a las Iglesias de Asia? ¿O eran más bien atacadas éstas por la siembra y propaganda herética? De todo pudo haber. Como quiera, se comprende el ardor, el divino arrebatado con que Ignacio ataca a un enemigo que atentaba a la realidad y la verdad histórica de lo que era para el cristianismo la fuente misma de su salud: La vida, la pasión, la muerte y resurrección del Señor Jesús. Hacer del paso y acontecer terreno de Jesús un juego fantasmagórico ¿no era también convertir en apariencia todo el vivir del cristiano y reducir a hilachas de humo sus magníficas esperanzas? ¿A qué entonces iba él, testigo de Dios, cargado de cadenas? ¿Luego era un falso testigo contra Dios! Mas ¿no eran muy reales y tangibles aquellas cadenas? ¿No sufrió él de verdad en su carne y en su espíritu? Luego también fue verdadera la pasión de Jesús. Los aparienciales, los que viven como fantasmas, son los herejes que tales doctrinas propalan.

La afirmación de estas realidades humanas de Jesu-Cristo, nuestro Dios y nuestro Señor, nuestra vida y común esperanza es otro de los más insistentes motivos de las cartas ignacianas. He aquí otra regla fidei, propuesta a los esmirniotas, palabras después del saludo y tras un breve y fino cumplimiento:

*«Plenamente ciertos de nuestro Señor, que es verdaderamente del linaje de David, según la carne (Rm 1,4), hijo de Dios según la voluntad y potencia de Dios, nacido verdaderamente de una virgen, bautizado por Juan, «para cumplir toda justicia» (Mt 3,15), clavado verdaderamente por nosotros en la carne bajo Poncio Pilatos y el tetrarca Herodes —de cuyo fruto somos nosotros, de su divina y bienhadada pasión— a fin de levantar bandera por los siglos (s. 5,26), por medio de su resurrección, entre sus fieles, ora judíos, ora gentiles, reunidos en su solo cuerpo de su Iglesia».*¹⁶

No menos de siete vehementes capítulos dedica San Ignacio, escribiendo ya desde la Tróada, a combatir el docetismo entre los esmirnitas o a prevenir contra su peligro. Ello prueba cuan honda era su preocupación por esta herejía, pues no le abandona en parte alguna el recuerdo de ella.

El remedio que San Ignacio señala contra ésta y cualquier otra herejía es apretarse más y más en torno a la jerarquía del obispo, presbíteros y diáconos, pieza maestra y esencial de la constitución de la Iglesia. Ya dijimos algo de ello. Añadamos ahora que este ha sido otro de los tropiezos de la crítica para admitir la autenticidad de las cartas de San Ignacio, pues con ellas había que tragarse un episcopado monárquico y una jerarquía perfectamente definida a fines del siglo I. Pero las teorías son las teorías y los textos son los textos. Cada Iglesia —Antioquía, Esmirna, Éfeso, Trales...—, tiene a su cabeza un obispo, al que se agrega un «Presbyterion», colegio de ancianos o senado y otro cuerpo de «ministros» o diáconos. Ahora bien, ¿qué hay de novedad en estos hechos que atestiguan las cartas? ¿Habla Ignacio del régimen episcopal monárquico como de una revolución que hay que acatar, siquiera en bien de la Iglesia? ¿Se ve jamás intento apolo-gético en sus palabras? Se trata de un hecho que se justifica por sí mismo; pero un hecho es el obispo uno, como un hecho es el «Presbiterio», un hecho los diáconos y un hecho la subordinación, tan bellamente expresada por las más varias imágenes, de estos varios órdenes de la Iglesia. Este hecho no lo discute nadie y no se trata propiamente de asegurar un orden nuevo y apuntalarle apolo-géticamente. Se trata de guardar incólume la fe recibida y se predica, como baluarte para defenderla de la herejía, la unión y unidad en torno al obispo, presbíteros y diáconos; pero a estos —sus poderes, su situación preeminente en la Iglesia— no se los discute, porque, por lo menos en

16 A los esmirnitas, I, 2.

*principio, nadie los discutía. Quizá el mérito mayor de San Ignacio sea la precisión en la terminología, que es lo que anduvo durante siglos vacilante y ha enzarzado la cuestión. También hoy pudiéramos hablar de «sacerdotes» e incluir en éstos a los obispos que, naturalmente, también lo son.*¹⁷

En Esmirna mismo, debió San Ignacio de recibir noticias de que miembros influyentes de la comunidad romana estaban dispuestos a gestionar su libertad. Un estremecimiento de espanto sacudió todo su espíritu. La corona del martirio a la que él corría con incontenible anhelo para unirse así a Jesu-Cristo, su Señor, se le escapaba de entre las manos. Toma entonces otra vez su punzón o estilo e incide sobre el pergamino o el papiro aquella portentosa carta a los romanos que no sabemos tenga par en la literatura universal. En verdad, quien dude de su autenticidad, da pruebas de alma incapaz de percibir el pulso de otra alma. Eso no se inventa. Eso solo se escribe de la abundancia del corazón en uno de aquellos momentos únicos que no se repiten en la vida de un hombre. Toda objeción que se ponga a esta carta ha de parecer despreciable a quien una vez la haya leído y sentido. Y más despreciable que ninguna otra, la objeción de soberbia que se quiso hacer valer contra ésta y otras cartas de San Ignacio. Lo cual solo prueba hasta qué punto puede obcecar un prejuicio de crítica, pero de última raíz religiosa. No hay hombre más sincera y profundamente humilde que este obispo de Antioquía, que ahora, entre cadenas y a punto del martirio, se cree en los comienzos de su escolaridad cristiana; que teme hablar a los magnesianos de sus comunicaciones sobrenaturales, por temor de dañarles al no ser comprendidas; que siente como un latigazo toda palabra que oye en su alabanza; que va, cierto, gozoso al martirio, pero no sabe si es digno de sufrirlo; que a estos mismos romanos les previene que, si vacila al sentirse próximo a la muerte, no le crean entonces, sino ahora que les escribe vivo, pero con ansias de muerte; hombre, en fin, que no cesa de clamar por la oración de todos para alcanzar la fuerza que necesita, para mostrarse hasta el fin discípulo del Señor y llegar a Él por la muerte. Cuando él desafía a las fieras, la cruz, las desgarraduras de su cuerpo y los quebrantamientos de sus huesos, no es un fanfarrón o charlatán vacío, pues no son sus fuerzas las que han de sostenerle, sino la gracia de Jesu-Cristo; lo que aquí hace Ignacio es ponerse en la misma línea de Pablo, cuando arrebatado del amor y confianza en Jesús desafía al cielo y a la tierra, seguro de que ninguna criatura de

17 Una exposición clara de esta cuestión, en Duchesne, *Historia de la Iglesia antigua*, tomo I, p. 49 y ss. De la versión italiana. No he logrado ver la edición original francesa.

ellos han de ser capaces de separarle de la caridad de Dios en Cristo Jesús. Ambos, Ignacio y Pablo, hablan a los romanos el más alto y tenso lenguaje de las almas místicas, tocadas de la theia manía, de la divina locura del amor de Jesu-Cristo.

Por fin —y ya es hora— la nave zarpa de Esmirna y el prisionero se despide —y para siempre— de los que tantas pruebas de caridad y veneración le habían dado. El momento hubo de ser de emoción única, incomparable. La próxima etapa fue Alejandría Troas, puerto de la costa sur de la Tróada. De aquí, como queda dicho, escribe San Ignacio otras tres cartas: a los filadelfos, a los esmirnitas y, personalmente, al obispo de éstos, Policarpo. Estas cartas, aparte de los motivos de edificación y gratitud de las demás, tienen el particular de encargarse de felicitar a la Iglesia de Antioquía por la feliz nueva, que Ignacio acaba de recibir, de haber renacido en ella la paz tras la tormenta de la persecución. Ningún pormenor sabemos sobre cómo viniera esa calma tras la tormenta. Como en caso posterior de Policarpo, el populacho judío o pagano pudo darse por satisfecho cuando creyera eliminado el que era cabeza de la comunidad cristiana y los fieles se entregarían tranquilamente a su vida. San Ignacio¹⁸ quiere que os filadelfos se congratulen con los antioqueños porque «vuelven a reunirse y a glorificar el nombre de Dios», es decir, porque pueden otra vez celebrar el culto cristiano.

De Alejandría Troas, se dirige la comitiva a Neápolis, puerto que también tocó, en sus andanzas marinas, el apóstol San Pablo (Hch 16,11) y de aquí, por tierra, penetran en Macedonia, con nueva estación en Filipos, la comunidad amada del mismo Pablo. Todavía nos movemos en plena documentación histórica, porque los filipenses escriben una carta a San Policarpo, cuya contestación,¹⁹ por dicha grande, poseemos todavía. Los filipenses, en efecto, a par que San Ignacio, escriben al obispo de Esmirna para que dipute un «embajador divino» que lleve a la Iglesia de Antioquía cartas y felicitación de parte de unos y otro. Era ya la última preocupación del mártir caminante, que reitera en cada estación de su viaje. Otro ruego importante contenía la carta de los filipenses a Policarpo: que les remitiera copia de las cartas de Ignacio, lo que él promete cumplir puntualmente, «pues de ellas —dice el de Esmirna— podéis sacar grande provecho, como quiera que están llenas de fe, paciencia y de toda edificación que atañe al Señor». Es el primer

18 A los filadelfos, IX, 2.

19 Véase PP. AA., Vol. II. El cap. XIII, donde se habla de las cartas de S. Ignacio, lo conservó Eusebio, *Hist. Eccl.*, 36,14.

elogio —sobrio, preciso y exacto— de las mismas Cartas que nosotros leemos y el primer inestimable testimonio de su autenticidad.

De Filipos, seguiría el convoy de mártires —desde Troas aparecen dos nombres más, Zósimo y Rufo, como compañeros de Ignacio— a través de Macedonia por la famosa vía Egnatia, hasta alcanzar otra vez el mar, en el puerto de Dirraquio (Dyrrachium) en la Iliria griega, junto a Epidamno, el Danzig de la guerra del Peloponeso. Atravesado el mar Jónico y entrados en el Adriático, lo natural era que fondearan en Brindis y de allí se dirigieran por tierra a Roma; pero el Martyrium obliga a la expedición a contornear a Italia por el sur y, después de un frustrado intento de desembarco en Putéoli (Puzzuoli) en recuerdo del apóstol San Pablo (Hch 28,13), llega «al puerto de los romanos», es decir a las bocas del Tiber u Ostia Tiberina. La expedición llega en plenas fiestas por las victorias dacias, que duraron 123 días, en los que se sacrificaron, a gloria y honor «del mejor de los hombres», diez mil hombres, en su mayoría prisioneros dacios, en lucha con otras once mil fieras. Confundidos en esta infinita y mísera muchedumbre humana, el 18 de diciembre del año 107, Ignacio y sus compañeros Zósimo y Rufo, fueron molidos como limpio pan de Dios, por los dientes de las fieras. El imperio romano bajo el caudillo español Trajano alcanzaba entonces la línea máxima de sus fronteras. Mas ni el populacho que llenaba el anfiteatro Flavio o el Coliseo de la gran urbe dominadora del orbe, ni el mismo triunfante emperador Trajano podía sospechar que el verdadero vencedor era un oscuro obispo de oriente, mascullado por las fieras; obispo solo conocido y venerado por otros oscuros hombres, los cristianos, que se apresuraron a recoger piadosamente los huesos que no trituraron las mandíbulas de aquéllas.

«Sólo quedaron —dice el Martyrium— las partes más duras de su cuerpo y, puestas en un lienzo, fueron transportadas a Antioquía, tesoro inestimable que el mártir dejaba a su Iglesia». Digamos, finalmente, en piedad y honor del gran mártir, que colocadas primero esas reliquias en el santuario situado fuera de la puerta de Daphne donde aún las veneró y celebró en un panegírico San Juan Crisóstomo, fueron más tarde trasladadas por Teodosio el Joven, al templo de la Fortuna, sobre el que se cernía el genio de la ciudad de Antioquía. Este templo se llamó en adelante basílica de San Ignacio y el mártir se convirtió en el genio tutelar de su ciudad, cuna del cristianismo entre las gentes.

LAS CARTAS

*A la verdad, el verdadero e inestimable tesoro que San Ignacio Mártir dejaba a la Iglesia no eran tanto los huesos de su cuerpo cuanto aquellas Cartas, escritas camino del martirio, auténticas reliquias de su espíritu. “Estas cartas —dice un moderno— no han conmovido menos a la Iglesia que las de San Pablo y algunas frases de Ignacio, mil y mil veces repetidas, parece como que condensan el espíritu de todos los mártires”.*²⁰

Como queda dicho, cuando todavía no había quizá sellado el mártir con su sangre el testimonio de Jesu-Cristo, estas cartas eran ya objeto de solicitud y curiosidad por parte de una comunidad cristiana tan eminente como la Iglesia de Filipos y religiosamente custodiadas por el grande obispo de Esmirna, Policarpo. En su respuesta a los filipenses, éste da claramente a entender que se trata de una colección. ¿Cuántas cartas contenía esta colección? Seguramente las siete que nosotros conocemos: las cuatro que escribió San Ignacio desde la propia Esmirna y las tres venidas de la Tróada. No puede ponerse en duda, como se ha pretendido, que Policarpo no se guardara copia de la a los romanos, cuando era esa la que más había de interesar, como acta anticipada —maravillosa y única— del martirio, a quien tan vivo interés muestra luego por saber el desenlace y término del viaje de su santo amigo. Años más tarde, la Iglesia de Esmirna, que redacta el Martyrium Polycarpi, da muestras de conocer la carta de Ignacio a los romanos y, junto al mismo Policarpo, en los días de grato recuerdo de su juventud, la debió conocer Ireneo, a quien, como a toda la posteridad, se le gravó la imperecedera imagen del trigo de Dios que ha de ser molido por los dientes de las fieras:

*“Como dijo uno de los nuestros —dice Ireneo— condenado a las fieras por su testimonio de Dios: «Trigo soy de Dios y por los dientes de las fieras soy molido para ser hallado como limpio pan.»*²¹

Orígenes²² cita nominalmente a San Ignacio, discurriendo, no muy acertadamente, sobre el pasaje a los romanos VII: «Mi amor está crucificado», y a propósito de la virginidad de María, oculta al diablo,²³ el pasaje a los efesios XIX.

A principios del siglo IV, Eusebio dedica un amplio recuerdo a San Ignacio mártir y enumera

20 *Christus...*, por J. Huby. Barcelona, 1929, p. 924.

21 Ireneo, 5, 28, 4; texto griego en Eusebio, *Hist. Eccl.*, III, 36, 12.

22 *In Cant. Cant.*, prólogo, Migne, Pg. XIII, 70.

23 *Hom. VI in Luc.* Migne XIII, 1804.

por el orden que nosotros las conocemos las siete cartas auténticas. He aquí su decisivo testimonio:

“Llegado, pues, a Esmirna, donde estaba Policarpo, escribe una carta a la Iglesia de Éfeso, en que menciona a su obispo Onésimo, otra a la de Magnesia de Meandro en que también hace memoria del obispo, Damas, y otra tercera a la Iglesia de Trales, de donde dice ser obispo Polibio. Además de estas, escribió otra a la Iglesia de roma, suplicándoles que no le defraudaran, alcanzándole gracia, de la esperanza del martirio que anhelaba... (Sigue un extracto de la carta a los romanos).

“Esto es por lo que atañe a las cartas escritas desde la ciudad dicha a las mencionadas iglesias. Salido ya de Esmirna, tuvo también por carta conversación con lo de Filadelfia, con la Iglesia de los esmirnitas y personalmente con su obispo Policarpo. A éste, como quien bien le conoció por varón apostólico, encomiéndale, como legítimo y buen pastor, su rebaño de Antioquía, rogándole que tuviera sobre él toda la diligencia y cuidado...”²⁴

San Jerónimo no parece haber conocido directamente las cartas de San Ignacio. En el virus ilustribus, 16, traduce a Eusebio y copia el mismo catálogo de cartas y por el mismo orden.²⁵ También es cita indirecta, mera reminiscencia de Orígenes, lo que San Jerónimo alega en su comentario a San Mateo, I: «Martyr Ignatius quartam addidit causam cur a desponsata conceptus sit, ut partus, inquiens, eius celaretur diabolo, dum non de virgine sed de uxore ese generatum».²⁶

Eusebio de Cesarea dudada de dónde pudiera haber tomado San Ignacio el testimonio que alega sobre la realidad del cuerpo de Cristo después de la resurrección en la carta a los esmirnitas III, 2. San Jerónimo le dice que del «Evangelio según los hebreos, quod nuper a me tranlatum est».

Teodoreto, en cambio, leyó ampliamente las cartas de San Ignacio y copia seis largos extractos de la carta a los esmirnitas, tres de la carta a los efesios, uno de la carta a los tralianos.²⁷

²⁴ Eus., *Hist. Eccl.*, III, 36, 1 y ss.

²⁵ La noticia que allí da San Jerónimo sobre San Ignacio es la lección IV y ss. Del Breviario Romano en la fiesta del mártir. El fragmento de la carta a los romanos, lo traduce también San Jerónimo de Eusebio y se permite tal cual libertad, por ejemplo, decir que las fieras no se atrevieron a tocar a algunos «mártires». Aletea ya la leyenda áurea. San Ignacio dice: «No como a algunos, a quienes, por miedo, no osaron tocar». Además, San Jerónimo da a entender que la famosa frase «*frumentum Dei sum*» la dice San Ignacio «al oír rugir ya los leones», cosa totalmente fantástica. Sospecho que San Jerónimo siguió leyendo a Eusebio, donde topó con la cita de Ireneo, que aprovechó para componer esa dramática fantasía, que ha pasado a tantos *Flos Sanctorum* y anda en boca de las gentes. No lo comete ya, en el suyo, Fray Justo P. de Urbel; pero identifica a Peregrino con Ignacio, y los fragmentos de cartas que inserta en su narración me saben ha retraducción, probablemente francesa. Sea todo dicho *venía tanti viri*, o, mejor, en plural: *tantium virorum*.

²⁶ *In Matth.*, 1, PL. XXVI, 24.

²⁷ Diálogos I, II y III. Migne, Pg. LXXXII, 81-84 y 169.

Dos menciones más en sendas cartas: LXXXIX ad Florentium Patricium y la cartra CXLV ad monachos Constantinopolitanos.

Citaremos, por último, para no aburrir al lector con una erudición al alcance de la mano, los nombres de los grandes Padres Atanasio, que explica en sentido ortodoxo un pasaje algo dudoso de la carta a los efesios VII, 2²⁸ y de San Juan Crisóstomo, que pronuncia, en honor de su glorioso paisano.

Prueba de la importancia que tenían y de la boga que gozaban las cartas de San Ignacio, es el hecho de que se acrecentara su número, añadiendo a las auténticas otras espurias e interpolando las auténticas. La cuestión nos interesa aquí secundariamente. Baste decir que la colección ignaciana llegó a contar trece cartas, de ellas unas totalmente espurias, otras interpoladas. Ello desencadenó una guerra encarnizada en torno a la autenticidad, cuyos momentos culminantes es bueno anotar aquí. El anglicano Usher, arzobispo de Armagh, en Irlanda, descubrió el texto latino de las cartas auténticas y éste sirvió de piedra de toque para rechazar las espurias y limpiar las interpoladas. Las publicó en Oxford, en el año 1644, con el título de Polycarpi et Ignatii epistolae. El único error de Usher fue rechazar la epístola a Policarpo. Isaac Voss tuvo la fortuna de descubrir el texto griego, excepción hecha de la carta a los romanos. Las otras seis fueron por él publicadas en Amsterdam, en el año 1648, con el título de Santi Ignatii martyris Epistolae genuinae. Antes de finalizar el siglo XVII, el benedictino Ruinart descubrió en el códice Mediceus que contenía el Martyrium de San Ignacio, intercalada en el relato, la carta a los romanos, que él publicó en su obra: Acta Martyrium sincera, París, 1698.

Se tenían, pues, en la mano, y en su propio texto original, las siete cartas que mencionaba Eusebio. La batalla, sin embargo, se prosiguió hasta muy entrados los tiempos modernos, pues la voz de Ignacio mártir, de ser genuina y original, se remontaba demasiado lejos y traía ecos demasiado cercanos a los apóstoles, para admitirla sin un examen muy depurado, y sólo a la desesperada había que rendirse a su testimonio en cuestiones muy vitales de la constitución de la Iglesia. Recordemos solo en el siglo XVII la obra espesa y confusa del protestante francés Daille: Descriptis quae sub Dionysii Areopagitae et Ignatii Antioqueni nominibus circumferuntur libri duo, Ginebra 1666, que tuvo el mérito de suscitar la magistral respuesta del anglicano Pearson, obispo

de Cherter, Vindiciae Ignatianae, Cambridge, 1672. La batalla se dio, durante dos siglos, por ganada. Pero todavía en 1845, Cureton publicaba la versión siriaca de las cartas de Ignacio a Policarpo, a los efesios y a los romanos y la cuestión ignaciana volvió a plantearse nuevamente. Sin embargo, pronto se demostró que esta "colección breve" no era sino un extracto que para su uso y edificación particular se compuso por algún monge sirio.

Finalmente, los extensos y profundos trabajos de Lighfoot, de Zahn, Harnack y Funk han terminado por desvanecer toda duda seria sobre la autenticidad de las siete cartas atestiguadas por Eusebio, que son las Policarpo de Esmirna remitió, adjuntas a la suya, a los fieles de Filipos. Son, finalmente, las que el piadoso lector va a leer vertidas, si no por vez primera, si tal vez de manera que lo parezca, de su originalísimo texto griego a nuestro vulgar romance castellano.

Originalísimas, por sus cuatro costados, son estas cartas ignacianas, que forman, como toda esta primitiva literatura cristiana desde los Evangelios a la epístola pró Diógneton, anillo de enlace con los apologistas, un verdadero canto errátil y hasta una piedra de escándalo dentro de la literatura griega del tiempo. Y ante todo, porque en ellas se nos entrega entera una personalidad con una fuerte, intensa, desbordante vida interior, que rompe, por estrechos, los moldes ordinarios de expresión; nuevo aspecto, como tantos ya notados, en que Ignacio le va a los alcances a Pablo, siquiera quede a la considerable distancia que no hay por qué anotar. En uno y otro, la idea, el sentimiento, el ímpetu y ardor del alma son dueños soberanos de la lengua y de todos los demás recursos de expresión y estilo, y, por extraña paradoja, ambos también, con su absoluto desprecio y, por lo menos, olvido total de todo arte o artificio literario, crean obras que están por encima de toda la literatura. Cuando Pablo o Ignacio hablan o escriben, un hálito nuevo, un viento huracanado y cálido parece soplar por aquel mundo asfixiado de retórica y amaneramiento, en que las formas literarias eran ya solo hueco de sí mismas. Las almas sonaban a hueco. Solo la nueva fe y el nuevo amor podían crear una nueva literatura, o llenar la oquedad de las formas ya creadas y que habían cumplido tan altos destinos.

Las cartas de San Ignacio son totalmente ajenas a la forma y muchas veces hasta a la mera corrección gramatical. No le arredra el vulgarismo de la lengua ni se preocupa absolutamente de la sintaxis. Un período iniciado puede quedar inconcluso. La oración toma el giro que le impone la impresión del instante y una idea se encabalga con otra. Y, sin embargo, como han notado buenos conocedores en materia de estilo, "no se tiene la impresión de que esto proceda de la

*incapacidad del escritor sirio para expresarse clara y correctamente en griego, como tampoco puede explicarse el latín de Tertuliano por el púnico; en ambos es más bien el ardor y la pasión interior la que se liberta de las cadenas de la expresión”.*²⁹

*Como pablo, finalmente, Ignacio no es ajeno a la retórica; pero no una retórica de escuela, que posible y aun ciertamente ignoraba, sino a aquella retórica del corazón, anterior y superior a todas las téchnai de los rétores. Atleta del espíritu, la antítesis, la pugna, el agón, se le imponía a Ignacio como a Pablo, lo mismo en la vida que en las ideas y, consiguientemente, en el estilo.*³⁰

Ahora bien, este conjunto de peculiaridades de fondo y forma, si hace en sumo grado interesante la lectura original de San Ignacio mártir, plantea graves problemas de interpretación. Yo he intentado hacer hablar a San Ignacio en castellano, y al traducirle me he dado cuenta que no una, sino sus siete cartas nos las dirige ahora a nosotros, cristianos españoles del siglo XX. Mi versión, pues, es una interpretación. Digo o intento decir en buen castellano lo que creo que quiere decir, en su mal griego, San Ignacio. Porque opino que calcar sus bárbaros giros griegos, dejar en suspenso los períodos o cabalgando unas sobre otras oraciones, como ha hecho mi predecesor inmediato en esta tarea y en esta misma colección, es sencillamente ofrecer otro texto griego en palabras castellanas. Ignoro cómo resolviera este problema otro traductor español. J. F. Montaña: San Ignacio Mártir y sus cartas, pues solo por las listas bibliográficas tengo noticias de esta obra. De las versiones extranjeras solo he podido utilizar —y con mucho provecho— la de Ludwig A. Winterswyl Die Briefe des heiligen Ignatius von Antioquien, de la colección Die Zeugen des Wortes, Herder, Freiburg in Br. 1942.

[...]

La santa y universal iglesia, cuya unidad con tan fuerte, con tan divina voz proclamó San Ignacio mártir, ha puesto su nombre en el canon de la Misa y bien será cerrar esta Introducción repitiendo la súplica sacerdotal a Dios Padre de que también a nosotros, pecadores, siervos suyos, que confiamos en la muchedumbre de sus misericordias, nos dé alguna parte con sus santos após-

29 E. Norden: *Die antike Kunstprosa*, II, p. 511. En nota alude Norden a Ligafoot: *Theapostolic fathers*, parte II, Sec. Ed., vol. I-II. Londres, 1889, quien ha estudiado al menudo la lengua y estilo de San Ignacio y refutado la opinión de quienes alegaban la incorrección de la lengua como argumento de inautenticidad.

30 E. Norden: *Obra y lugar citado*. B. Altaneer: *Patrologie*, p. 55, dice: «Su estilo es de originalidad inimitable: una extraña mezcla de vigoroso y audaz desaliño de forma (*Formlosigkoit*) y de artificiosa retórica». Lo cual es muy exacto. Ahora bien, los traductores españoles dicen: «El estilo que uno admirablemente la enérgica y audaz brillantez de formas con la retórica más sabia, es de una originalidad inimitable». ¡Traductore traditore! Y pensar que miles de estudiantes españoles se tragarán tranquilamente dislates de ese calibre, sobre los que no ha chistado la crítica... Pero ¿es que existe entre nosotros la crítica?

toles y mártires: con Juan, Esteban, Matías, Bernabé, Ignacio...

Si algún lector sacerdotal, amén de San Ignacio, recuerda en tan solemne momento a este humilde traductor y devoto suyo, desde aquí le mando mi cordial agradecimiento.

D. R. B.
Salamanca, epifanía del Señor de 1947



CARTA A LOS EFESIOS³¹

Firma y saludo

Ignacio, por sobrenombre Portador de Dios.³²

A la Iglesia, digna de toda bienaventuranza, establecida en Éfeso de Asia; la bendecida, en grandeza de Dios, con plenitud; la predestinada, desde antes de los siglos, a servir siempre para gloria duradera e incommovible, gloria unida y escogida de la Pasión verdadera, en la voluntad del Padre y de Jesu-Cristo nuestro Dios:³³

Mi saludo cordialísimo en Jesu-Cristo y en la alegría sin mácula.³⁴

Loa a los destinatarios (I, 1-3)

Muy bien me ha parecido, en Dios, vuestro nombre amabilísimo,³⁵ que con justo título lleváis, conforme a la fe y a la caridad en Cristo Jesús, nuestro Salvador. Porque, hechos imitadores de Dios, bien así como quienes han recobrado la vida por la sangre del mismo Dios, llevasteis a acabamiento y perfección la obra de suyo ingénita en vosotros.

Apenas, en efecto, os enterasteis de cómo venía yo desde Siria, cargado de cadenas por el Nombre y esperanza común nuestra, esperando lograr, por vuestras oraciones, luchar en Roma con las fieras y alcanzar así ser discípulo,³⁶ os apresurasteis a salirme a ver.

31 Éfeso, ciudad de la antigua Jonia, es una de las más famosas y celebradas en la antigüedad. En la historia del cristianismo primitivo, ocupa también un lugar preeminente. Los efesios mandaron una delegación, con su obispo a la cabeza, para saludar y ayudar al glorioso testigo de Jesús, a quien alcanzan en Esmirna. Desde allí les dirige San Ignacio esta magnífica carta.

32 Sobre los dos nombres con que San Ignacio encabeza y firma sus cartas, véase *Introducción*.

33 El nombre de cada Iglesia, a quien se dirige la carta, va acompañado de todo un cortejo de magníficos calificativos, que son como los títulos o ejecutoria de su nobleza sobrenatural. Literariamente, estos densos encabezamientos dependen de los que puso a sus cartas el apóstol San Pablo.

34 El griego, al saludar, desea la alegría, *chairein*; cf., por ejemplo, Platón, principio de *Ion*. El latino, en cambio, opta por la salud: *salutem dicere*; el semita, finalmente, da la paz. San Ignacio cristianiza el saludo griego, que él pone en grado superlativo, *pleista chairein*, deseando la «alegría en Jesu-Cristo» y añadiendo que esta alegría sea sin mácula.

35 San Ignacio parece aludir aquí, por un juego de palabras, artificio grato a los antiguos (Platón mismo no lo desdeñó alguna que otra vez: *Apol. Socratis*, 25, C) a la etimología antigua de Éfeso, que se hacía venir del verbo griego *ephiemi*: «enviar, despachar», pues como dice enseguida y confirma en XXI, I, los efesios se apresuraron a despachar a Esmirna delegados que saludaran y atendieran al glorioso mártir en nombre de toda la Iglesia efesina. Supone San Ignacio, con fino cumplimento, que la caridad es ingénita en los efesios, como que la llevan ya en su mismo nombre; mas ellos la llevan a perfección y acabamiento, con su espíritu sobrenatural, como quienes han vuelto a la vida «por la sangre de Dios». «La sangre de Dios» es una densa expresión teológica, que entraña la primera confesión de la divinidad de Jesu-Cristo, a la par de su humanidad, de tantas en que están resonando estas cartas.

36 Por el martirio espera San Ignacio llegar a ser perfecto y consumado discípulo, dicho así, sin especificación de maestro, pues para un cristiano primitivo no era menester. Uno solo es el Maestro, dice más adelante el mismo San Ignacio, eco de la palabra evangélica (Mt 23,8). «Ahora empiezo a ser discípulo», repite en III, I, de esta misma carta. Discípulo, en fin, era sinónimo de cristiano. Téngase presente que cristiano fue nombre impuesto a los «discípulos» de Jesús por gentiles, en Antioquía por vez primera. Es de notar el pasaje de Hch 11,26: «Y sucedió que... en Antioquía se dio, por vez primera, a los *discípulos* el nombre de cristianos.» Entre los «Padres Apostólicos» sólo San Ignacio, antioqueño, usa el nombre de cristiano hablando a los fieles mismos de Jesús. Sin embargo, aún en él predominan, como veremos, las denominaciones paulinas de «fieles» y «santos».

Porque es así que a toda vuestra muchedumbre, en el nombre de Dios, la recibí en Onésimo, varón de caridad inenarrable y obispo vuestro según la carne. Votos hago a Dios porque todos le améis según Jesu-Cristo y todos os hagáis también semejantes a él. Porque bendecido sea Aquél que os hizo gracia, que bien merecéis, de poseer un obispo como éste.

Efusiones de gratitud (II, 1-2)

Respecto a Burro, consiervo mío y diácono vuestro según Dios, bendecido en todas las cosas, os suplico le consintáis permanecer a mi lado, para honor vuestro y de vuestro obispo. Mas también Croco, hombre digno de Dios y de vosotros, a quien recibí como ejemplar de vuestra caridad, me alivió en todo: ¡Agrade al Padre de Jesu-Cristo confortarle del mismo modo a él, juntamente con Onésimo, Burro, Euplo y Frontón, en cuyas personas, según la caridad, os vi a todos vosotros! ¡Ojalá, de ser yo digno de ello, se me diera gozar siempre de vosotros!

Bien es, pues, que por todos los modos glorifiquemos a Jesu-Cristo, que os ha glorificado a vosotros, a fin de que, perfectos en unánime obediencia, sometidos a vuestro obispo y al colegio de ancianos, seáis de todo en todo santificados.

Humildad y caridad (III, 1-2)

No vengo a daros mandatos como si yo fuera alguien. Porque si es cierto que estoy encadenado por el Nombre, no por eso soy ya perfecto en Jesu-Cristo. Porque ahora es cuando empiezo a ser discípulo y a vosotros me dirijo como a condiscípulos míos. Yo soy, antes bien, el que debería ser ungido³⁷ como atleta con fe, exhortación, paciencia y longanimidad.

Mas como quiera que la caridad no me consiente callar sobre vosotros, de ahí mi decisión de exhortaros a que corráis todos a una en el pensamiento de Dios.³⁸ Y es así que Jesu-Cristo, vida nuestra inseparable, es el pensamiento del Padre, al modo que los obispos, establecidos por los confines de la tierra, están en el pensamiento de Jesu-Cristo.

37 San Ignacio, camino del martirio, se siente como un atleta, que se unge antes del combate. En su humildad, sin embargo, afirma que la unción de las virtudes -virtudes-, por cierto, atléticas cuantas aquí nombra: fe, paciencia, exhortación, longanimidad- había de recibirla él de los efesios, no estos del mártir.

38 La idea de San Ignacio es clara y muy bella. Jesu-Cristo es el pensamiento del Padre, su *logos*, su palabra viva; los obispos -y hay que notar la distinción de San Ignacio- no son el pensamiento, sino que están en el pensamiento de Jesu-Cristo, es decir, guardan, promulgan los pensamientos, las palabras, *gnomas*, *sentencia*, de Jesu-Cristo. *Gnome*, como se ve por su equivalente ordinario latino *sententia*, no es solo ni principalmente pensamiento como idea, sino como sentir y querer, algo, por tanto, complejo y de difícil traducción. Como quiera, el término de la unidad es el sentir y querer de Dios Padre, que se manifiesta plenamente, hasta identificarse con

El himno de la unidad (IV, 1-2)

Sigue de ahí que os conviene correr a una con el sentir de vuestro obispo, que es justamente lo que hacéis. Porque vuestro colegio de ancianos, digno nombre que lleva, digno también de Dios, está tan armoniosamente concertado con su obispo como las cuerdas de la lira.

Por eso vuestra concordia y unánime caridad es un canto a Jesu-Cristo. Y aún cada uno de vosotros en particular habéis de convertirlos en un coro, a fin de que, unísonos por la concordia y recibida en vosotros la armonía de Dios, cantéis en la unidad, a una sola voz, al Padre por medio de Jesu-Cristo; y así es como os oirá y reconocerá, por vuestras buenas obras, como miembros de su hijo.

Cosa, por tanto, provechosa es que os mantengáis en unidad irreprochable, a fin de que en todo momento os hagáis también partícipes de Dios.

El obispo, centro de unidad (V, 1-3)

Porque si yo, en tan poco tiempo, tal familiaridad he adquirido con vuestro obispo —familiaridad, digo, no a lo humano, sino espiritual—, ¡cuánta más razón no tengo para felicitaros a vosotros, que estáis templados con él al modo que la Iglesia con Jesu-Cristo y como Jesu-Cristo con su Padre, a fin de que todo, en la unidad, suene al unísono!

Que nadie se llame a engaño: si alguno no está dentro del ámbito del altar,³⁹ se priva del pan de Dios.

Porque si la oración de uno o dos tiene tanta fuerza (Mt 18,16'20), ¡cuánta mayor no la tendrá la del obispo y la de toda la Iglesia!

Así, pues, el que no acude a la reunión de los fieles, en eso solo ya se muestra soberbio y se pronunció su propia sentencia, pues está escrito: «Dios resiste a los soberbios». (Pr 3, 34 y 1 P 5,5). Pongámonos pues, empeño en no resistir al obispo, a fin de estar sometidos a Dios.

Reverenciar al obispo como al Señor (VI, 1-2)

Y cuanto uno ve más callado a un obispo, tanto más ha de reverenciarle. Porque a todo el que

³⁹ No puede haber duda de que, para San Ignacio, estar «dentro del ámbito del altar» es estar en comunión con la Iglesia. En este caso «el pan de Dios», si bien primera y primariamente ha de referirse a la Eucaristía (Jn 6,33), puede y debe entenderse de toda palabra que sale de la boca de Dios, de todo el alimento divino que la Iglesia imparte a las almas. De hecho, San Ignacio habla inmediatamente de la oración y su eficacia, hecha en y con la Iglesia.

envía el padre de familia a su propia administración, hemos de recibirle no de otra manera que al mismo que le envía. Luego cosa evidente es que hay que mirar al obispo como al Señor mismo.

Ahora bien, por lo que a vosotros toca, el mismo Onésimo levanta al cielo con sus alabanzas vuestra disciplina en Dios, es decir, que todos vivís conforme a la verdad y no anida entre vosotros herejía alguna. Más aún, que ni oídos prestáis a nadie que no os hable de Jesu-Cristo en verdad.

Alerta a los perros rabiosos (VII, 1-2)

Porque hay algunos que acostumbran, con perverso engaño, llevar por dondequiera el Nombre,⁴⁰ cometiendo por otra parte cosas indignas de Dios. Es preciso que huyáis de ellos como de fieras salvajes, pues son perros rabiosos que muerden a escondidas. ¡Alerta contra ellos, pues sufren enfermedad muy difícil de curar!

Uno solo es nuestro médico,⁴¹
carnal a par que espiritual,
engendrado e ingénito;
en la carne, hecho Dios,
en la muerte, vida verdadera;
hijo de María e hijo de Dios,
primero pasible y luego impasible,
Jesu-Cristo nuestro Señor.

Enteros de Dios (VIII, 1-2)

Que nadie, pues, os engañe, como, en efecto, no os dejáis engañar, siendo como sois íntegramente de Dios. Porque como sea cierto que ninguna contienda, que pudiera atormentaros, tenga asiento entre vosotros, prueba es ello de que vivís según Dios.

40 El nombre, sin más, es evidentemente el de cristianos, que algunos explotaban para sus granjerías humanas, haciendo «negocio de la piedad» (1 Tm 6,5). San Ignacio conoció sin duda a los que la *Didaché* (XII, 5) calificó con palabra feliz *christemporoi*, «traficantes de Cristo». El mismo Luciano cuenta del filósofo cínico, Peregrino Proteo -y el dato tiene interés como rasgo de la época-, que después de varias fechorías se dio a la vida de vagabundo y llevaba como «magnífico viático» el nombre de cristiano, hasta que fue descubierta su hipocresía y rechazado por las comunidades. Luc. *De norte Peregrini*, 16. Sobre la inexistente relación de Peregrino con San Ignacio, véase la *Introducción*.

41 Hay un ritmo evidente, hecho todo de antítesis, como el misterio que los inspira -la Encarnación es la más grandiosa *palintonos armonía*, armonía de contrastes-en este fragmento epistolar de San Ignacio, verdadero himno a la gloria divina y humana de Jesu-Cristo nuestro Señor. Por la precisión con que formula el doble misterio de Jesús, Dios-Hombre, es uno de los más citados de los Padres posteriores. Así son Atanasio, *Epist. De Synodis*, 47, el cual interpreta en sentido ortodoxo la expresión, que se presta a error, de «engendrado y no engendrado»: «Conociendo la fe de los apóstoles en Cristo, estamos persuadidos de que el bienaventurado Ignacio escribió debidamente, llamándole «engendrado», hecho, según la carne; y «no engendrado», no hecho, porque no es una criatura ni cosa hecha, sino Hijo que viene del Padre.» Teodoreto transforma también ortodoxamente el pasaje, leyendo: «Engendrado del no engendrado»; Gelasio I (Adv. Eutych. et Nestor): *Factus et non factus*, etc.

Víctima vuestra soy⁴² y me ofrezco en sacrificio por vosotros, efesios, Iglesia celebrada por los siglos.

Los carnales⁴³ no pueden practicar las obras espirituales, ni los espirituales las carnales, al modo que tampoco la fe sufre las obras de la infidelidad ni la infidelidad las de la fe. Sin embargo, aun lo que hacéis según la carne se convierte en espiritual, pues lo hacéis todo en Jesu-Cristo.

Contra los sembradores de mala doctrina (IX, 1-2)

El caso es que yo conocí a algunos que venía su camino de ahí y llevaban mala doctrina, a quienes no consentisteis que la sembraran entre vosotros, tapándoos los oídos para no recibir lo sembrado por ellos. Y es que sois piedras del templo del Padre, preparadas para la construcción de Dios Padre, levantadas a las alturas por la palanca de Jesu-Cristo, que es la cruz, y tiradas por la cuerda del Espíritu Santo. La fe es vuestro aparato elevador, y la caridad, el camino que lleva hasta Dios.

Así, pues, todos sois también compañeros de viaje, portadores de Dios y portadores de un templo, portadores de Cristo, portadores de santidad, adornados de todo punto en los mandamientos de Jesu-Cristo. Por mi parte, me regocijo de que se dignara el Señor concederme conversar con vosotros, por medio de esta carta, y congratularme de que en toda vuestra vida ninguna otra cosa amáis, sino solo a Dios.

Cristianos frente a paganos (X, 1-3)

Rogad también, sin intermisión, por los otros hombres, pues cabe en ellos esperanza de conversión, a fin de alcancen a Dios. Consentidles, pues, que siquiera por vuestra obras sean por vosotros instruidos en la doctrina del Señor. A sus arrebatos de ira, responded vosotros con vuestra

42 La palabra griega *peripsema* tiene el sentido primero de «raedura, suciedad, basura, escoria», si bien en sentido material no se haya empleada. En sentido ya figurado, se la aplica a sí mismo San Pablo en un pasaje apasionado de 1 Co 4,13, en que las frases antitéticas llamean como puntas de espadas que se entrecruzan: «Hemos venido a ser la basura del mundo, la hez o escoria de todos hasta el presente.» Pero también significa redención, rescate, víctima, y es sinónimo de *antipsychon*, lo que se ofrece «por precio del alma». Según Focio (y Suidas), al joven que arrojaban los griegos al mar como víctima a Poseidón para librarse de alguna calamidad, le decían: «Sé tú nuestro *peripsema* o víctima por nuestra redención.» Cf. Thesaurus L- Graecae s. u. Este sentido es aquí evidente por el contexto y se confirma por XXI, 1, en que San Ignacio dice también: «Yo soy vuestra ofrenda, o precio por vuestras almas, *antipsychon*. Debe, pues, rechazarse la versión «*purgamentum*».

43 San Ignacio distingue a los hombres por el principio de acción que los impulsa: el carnal obra movido por la carne; el espiritual, por el espíritu. El contraste lo estableció ya San Pablo, si bien éste opone (1 Co 2,14) el hombre espiritual, *pneumatikós*, al hombre psíquico (*psychikós*), el que obra por mero impulso de la naturaleza, de la *psyche*. Ahora bien, el hombre espiritual, obrándolo todo en Jesucristo -otra fórmula paulina- espiritualiza todo, aun lo que de suyo es obra meramente natural. Tal supone San Ignacio en los efesios.

mansedumbre; a sus altanerías, con vuestra humildad. Oponed a sus maldiciones vuestras oraciones; a su extravío, vuestra firmeza; a su fiereza, vuestra dulzura; y no tengáis empeño alguno en emularlos por vuestra parte. Que se vea que somos hermanos suyos por nuestra benignidad; mas imitar, sólo hemos de esforzarnos en imitar al Señor —¿quién más injustamente tratado que Él, quién más despojado, quién más menospreciado?—, a fin de que no se halle entre vosotros planta alguna de Satanás; antes bien, en toda pureza y templanza, permaneced unidos con Jesu-Cristo corporal y espiritualmente.

La alternativa eterna (XI, 1-2)

Son tiempos postreros⁴⁴ y no queda sino que reverenciamos y temamos la paciencia de Dios, a fin de que no se nos convierta en condenación nuestra. Porque una de dos: o hemos de temer la ira venidera o hemos de amar la gracia presente. Sólo importa que nos encontremos en Jesucristo para el verdadero vivir.

Fuera de Él, nada diga con vosotros; fuera de Aquél, digo, por quien yo llevo por doquiera mis cadenas, perlas espirituales preciosas, con las que ojalá se me concedido resucitar, por vuestra oración, de la que deseo también ser siempre partícipe, a fin de hallarme en la herencia de los cristianos de Éfeso, que fueron siempre discípulos de los Apóstoles⁴⁵ en la virtud de Jesu-Cristo.

El recuerdo de San Pablo (XII, 1-2)

Yo sé quién soy y a quiénes escribo. Yo soy un condenado a muerte, vosotros alcanzasteis misericordia; yo estoy en peligro; vosotros, sobre seguro. Sois estación de paso⁴⁶ para los que, por

44 Una de las pocas alusiones escatológicas de las cartas de San Ignacio, quien no aparece demasiado preocupado por el fin de los tiempos.

45 Pocas cristiandades, en efecto, tuvieron trato tan constante con los apóstoles como los efesios. Allí pasa San Pablo más de dos años, «de suerte que todos los habitantes del Asia, así judíos como helenos, oyeron la palabra de Dios» (Hch 19,10). Luego se produce el gran tumulto en nombre de la famosísima *Artemis Ephesia*, por el que San Pablo sale de la ciudad. Camino más tarde de Jerusalén pasa, sin detenerse, por Éfeso y convoca en Mileto a los «ancianos» de la Iglesia y se despide de ellos con toda la efusión de su gran corazón. En 1 Co 16,32 recordará el apóstol que en Éfeso tuvo que «luchar con las fieras», aludiendo sin duda al tumulto del populacho.

La tradición señala también a Éfeso como morada del apóstol y evangelista San Juan, junto al otro «Juan el Anciano», el fantasma suscitado por el fragmento de Papias (PP. AA., vol. II, p. 166) que tanto ha dado que hablar a los críticos. Del silencio de San Ignacio respecto a Juan, nada puede concluirse contra la tradición joánica de Éfeso, pues no trata de enumerar que apóstoles pasaron por Éfeso, sino de decir en general que los efesios fueron siempre discípulos suyos. Este *siempre* tiene en Ignacio un sentido pleno, pues no haría muchos años, cuando él escribe, que había desaparecido el último de ellos. ¡Gran emoción la de estos textos que nos hacen tocar con la mano a los que con las suyas tocaron y palparon al Verbo de la vida!

46 Alusión cierta a San Pablo, que pasa sin detenerse, por Éfeso, camino de Jerusalén, que fue camino a su martirio y sin duda el martirio es la divina iniciación en que los efesios fueron compañeros de pablo. Que éste haga mención de ellos en toda carta suya, está dicho con alguna hipérbole, muy excusable en carta familiar. Los recuerda en 1 Co 15,32, 1 Tm 1,13, y en alguna otra. En cuanto a la llamada *ad Ephesios*, no puede decirse dirigida personalmente a ellos, sino que hay que considerarla como una circular o encíclica a varias Iglesias de Asia, de las que Éfeso, como más ilustre, dio nombre a toda la epístola. Dos de los mejores códices, el Sinaítico y Vaticano, suprimen en el saludo el nombre

la muerte, caminan a Dios, compañeros en divina iniciación de Pablo, el que fue santificado y atestiguado, digno de ser proclamado bienaventurado —cuyas huellas ojalá se me conceda a mí seguir cuando alcance a Dios—, el cual, en toda carta suya, hace mención de vosotros en Jesu-Cristo.

Eucaristía y paz (XIII, 1-2)

Así, pues, reuníos con más frecuencia para celebrar la Acción de gracias de Dios y alabarle. Porque cuando frecuentemente os congregáis en uno, se derriban las fortalezas de Satanás y en la concordia de vuestra fe se destruye la ruina que él os procura. Nada hay más precioso que la paz, en la que se aniquila toda guerra de las potestades celestes y terrestres.

La fe y la caridad, principio y fin (XIV, 1-2)

Nada de eso se os oculta, como tengáis en grado acabado la fe y la caridad en Jesu-Cristo, que son principio y término de la vida. El principio, quiero decir, es la fe; el término, la caridad. Ahora bien, las dos juntas, trabadas en unidad, son Dios,⁴⁷ y todo lo demás son cosas que acompañan para la perfección y santidad.

Nadie, que proclama su fe, peca, ni nadie, que tenga caridad, aborrece. «El árbol se manifiesta por su fruto» (Mt 13, 33). Así, los que proclaman ser de Cristo, por sus obras se manifestarán. Porque ahora no está el asunto en proclamar la fe,⁴⁸ sino en mostrar la fuerza de ella, y esto hasta el fin.

Callar y obrar (XV, 1-3)

Más vale callar y ser que hablar y no ser. Bueno es enseñar, a condición de que quien habla

de Éfeso. ¿Lo tenía el ejemplar de San Ignacio? Por este pasaje no se puede decir y no puede, por tanto, invocarse a San Ignacio como *testis* de autoridad de la *ad Ephesios*.

47 Que la fe y la caridad unidas son Dios hay que entenderlo en el sentido de que nos hacen hombres de Dios, santos como Dios. Luego traslada San Ignacio al orden cristiano una expresión típica griega, o, mejor, ateniense: *Kalokagathia*, que no tiene traducción posible. Era el conjunto de cualidades que formaban al hombre ateniense en su más alto grado de perfección, lo mismo espiritual que corporal. Yo trato de verter la idea por «perfección y santidad». Es sorprendente hallar esta expresión en un autor de fondo tan ajeno a la cultura clásica, como Ignacio de Antioquía.

48 Si esto se refiere, como pudiera, a Ignacio y sus compañeros mártires, significaría: «Lo que importa ahora, condenados ya a muerte, no es tanto proclamar la fe, cuanto mostrar la fuerza que ella nos da hasta el último momento». Referido -y parece lo más natural- a la comunidad cristiana, dentro de ella realmente lo que importa no es confesar una fe que todos reconocen, sino mostrar en la vida entera la fuerza y virtud de esa fe. Aviso magnífico para todos los tiempos y para los nuestros, tan vocingleros e insinceros, más que para ningún otro. «Vale más callar y ser -dice inmediatamente el mártir- que no hablar y no ser.» Y esto -hablar y no ser- es, por mal de nuestros pecados, lo más frecuente y ordinario. Y así andamos... y así nos luce el pelo.

también obre. Uno solo es verdadero Maestro, Aquél que «dijo y fue hecho» (Sal 32,9). Y lo que callando ha hecho, es digno del Padre.

El que de verdad posee la palabra de Jesús, puede también escuchar su silencio, para ser perfecto, a fin de obrar por lo que habla y ser conocido por lo que calla.

Nada se le oculta al Señor, sino que aún lo oculto nuestro está cerca de Él. Hagamos, pues, todas las cosas como si Él morara dentro de nosotros, Dios nuestro. Lo cual no sólo es así, sino que se manifestará ante nuestro mismo rostro; por lo que justo motivo tenemos de amarle.

Corruptores de la fe (XVI, 1-2)

No os engaños, hermanos. Los que corrompen una casa, «no heredarán el reino de Dios» (1 Co 6,9 y ss.). Ahora bien, si los que tales cosas hacen, merecen la muerte, ¡Cuánto más el que corrompa, con su mala doctrina, la fe de Dios, por la que Jesu-Cristo fue crucificado! Ese tal, convertido en un impuro, irá al fuego inextinguible y lo mismo quienquiera que le preste oídos.

El unguento del Señor (XVII, 1-2)

La causa justamente por qué el Señor consintió recibir unguento sobre su cabeza⁴⁹ fue para infundir incorrupción a su Iglesia. No os dejéis unguir del pestilente unguento de la doctrina del príncipe de este mundo, no sea que os cautive y aparte de la vida que os ha sido propuesta.

Mas ¿Cómo es que no nos volvemos todos prudentes, después de haber recibido el conocimiento de Dios, que es Jesu-Cristo? ¿Cómo nos perdemos neciamente, por desconocer el don de la gracia, que nos ha enviado verdaderamente el Señor?

Víctima de la cruz (XVIII, 1-2)

Mi espíritu es una víctima de la cruz, escándalo que es para los incrédulos; mas para nosotros, «salvación y vida eterna». ¿Dónde está el sabio? ¿Dónde el inquisidor? ¿Dónde la arrogancia de los llamados inteligentes?» (1 Co 1, 18 y ss.)

⁴⁹ San Ignacio es un místico, un *pneumatikós*, que no se para en la letra, sino que penetra el espíritu, secreto de la letra. Sin duda ha leído las escenas evangélicas de la unción del Señor por mano de María de Betania (Mt 26, Jn 12,3); pero el penetra el misterio del hecho y ve en la unción material de la cabeza divina del Maestro un símbolo de la incorrupción de la doctrina de la Iglesia. Sin duda que «el buen olor de Cristo para Dios» (2 Co 2,15) que todos hemos de exhalar, hay que referirlo a la vida ungida de Jesús que ha de llevar el cristiano; pero no menos bella es la metáfora referida a la buena doctrina, principio del buen obrar. La herejía es olor pestilencial del príncipe de este mundo, dice San Ignacio.

Porque nuestro Dios Jesús, el Ungido, fue llevado por María en su seno, conforme a la dispensación de Dios; del linaje, cierto, de David, mas por obra del Espíritu Santo. El cual nació y fue bautizado para purificar el agua con su pasión.

El silencio sonoro de los misterios de Dios (XIX, 1-3)

Y se ocultó al príncipe de este mundo la virginidad y el parto de María, del mismo modo que la muerte del Señor. Tres misterios sonoros que se cumplieron en el silencio de Dios. Ahora bien, ¿cómo fue manifestado a los siglos?⁵⁰ Brilló en el cielo un astro, más resplandeciente que los otros astros (Mt 2, 1 y ss.). Su luz era inexplicable y su novedad produjo extrañeza. Y todos los otros astros, juntamente con el sol y la luna, hicieron coro a esta nueva estrella; mas ella, con su luz, las sobrepasaba a todas. Se sorprendieron las gentes de dónde pudiera venir aquella novedad, tan distinta de los otros astros.

Desde aquel punto, quedó destruida toda hechicería y desapareció toda atadura de iniquidad. Derribada quedó la ignorancia, deshecho el antiguo imperio, desde el momento que Dios apareció hecho hombre, para traernos la novedad de la vida eterna,

En cambio, entonces tomó principio lo que para Dios era ya obra consumada. Todo se conmovió desde el instante que se meditaba la aniquilación de la muerte.

Promesas y recomendaciones (XX, 1-2)

Si Jesu-Cristo se digna, por vuestra oración, concederme esta gracia y ello fuera, además, voluntad de Dios, en un nuevo escrito, que tengo intención de dirigiros, os pondré más ampliamente de manifiesto el plan de la dispensación divina, que aquí solo he esbozado, en orden al hombre nuevo, que es Jesu-Cristo, en su fe y en su amor, en su pasión y resurrección, mayormente si el Señor me revelara alguna cosa.

Entretanto, todos y cada uno reuníos en común en la gracia que viene del Nombre, en una sola fe y en Jesu-Cristo, que es del linaje de David según la carne, hijo del hombre e hijo de Dios.

50 San Ignacio pone como principio de la manifestación al mundo la aparición de la estrella de los Magos, que la Iglesia sigue considerando como un primer anuncio de la vocación de los gentiles o naciones a la fe. Ahí empieza, consiguientemente, la renovación de todas las cosas por la obra divina: la destrucción del pecado, el aniquilamiento del imperio del demonio, «imperio antiguo», dice San Ignacio, la extirpación de la ignorancia y el fin de la muerte. Sólo que, un poco a estilo de oradores, da por hecho lo que sólo estaba iniciado y tenía que cumplirse lentamente, con aquella lentitud divina, en que mil años son como el día de ayer que ya pasó.

De ese modo, obedeceréis a vuestro obispo y al colegio de ancianos con mente indivisible, rompiendo un solo pan, que es medicina de inmortalidad, antídoto contra la muerte y alimento para vivir en Jesu-Cristo para siempre.

Adiós (XXI, 1-2)

Yo soy una ofrenda por vosotros y por los que mandasteis para gloria de Dios a Esmirna, desde donde os escribo, lleno de gratitud al Señor y de amor a Policarpo, lo mismo que a vosotros. Acorados de mí, al modo que Jesu-Cristo de vosotros.

Rogad por la Iglesia de Siria, desde donde soy conducido a Roma, cargado de cadenas, yo, que soy el último de los fieles de allí, al paso que se dignó Dios escogerme para gloria suya.

Mi saludo de despedida en Dios Padre y en Jesucristo, nuestra común esperanza.

††††††††

CARTA A LOS MAGNESIOS

Firma y saludo⁵¹

Ignacio, por sobrenombre Portador de Dios.

A la Iglesia de Magnesia del Meandro, bendecida en gracia de Dios padre, en Cristo Jesús nuestro Salvador.

Mi saludo en Él y mis votos por su mayor alegría en Dios Padre y en Jesu-Cristo.

Loa del destinatario (I, 1-3, II)

Habiéndome enterado del orden acabado de vuestra caridad según Dios, me he determinado, con gran regocijo mío, en la fe de Jesu-Cristo, a tener este rato de conversación con vosotros.

El Señor, en efecto, se ha dignado darme parte en el Nombre divinísimo, a par que, con estas cadenas que por doquiera llevo, voy visitado las Iglesias, en las que hago votos por la unión en la carne y el espíritu de Jesu-Cristo,⁵² vida nuestra que es para siempre; unión otrosí en la fe y en la caridad, a la que nada puede preferirse, y, lo que es más principal, unión con Jesús y con el Padre. Si en Él resistimos y logramos escapar de toda la malignidad del príncipe de este siglo, alcanzaremos a Dios.

A todos vosotros tuve la suerte de veros en la persona de Damas, obispo vuestro digno de Dios, y de vuestros dignos presbíteros Bajo y Apolonio y del diácono Soción, consiervo mío, de quien ojalá me fuera a mí dado gozar, pues se somete a su obispo como a la gracia de Dios y al colegio de ancianos como a la ley de Jesu-Cristo.

Reverencia al obispo (III, 1-2)

Mas también a vosotros os conviene no abusar de la poca edad del obispo, sino tributarle toda

51 Magnesia era y aún es ahora una importante ciudad del Asia Menor, situada a la orilla derecha del río Meandro (el que da nombre con sus revueltas y recovecos a los meandros de los otros ríos) en la confluencia con el Leteo. Era ciudad muy antigua, colonia de la otra Magnesia de Tesalia, en las cercanías del monte Pelión y del río Peneo. La comunidad cristiana allí establecida, si no consta por el Nuevo Testamento que fuera de origen apostólico -San Ignacio no alude a recuerdos de los apóstoles- podemos suponer que traía su origen de aquellos dos y pico de años que San Pablo pasó en Éfeso y en los que oyeron la palabra de Dios todos los habitantes de Asia.

52 Una triple unión quiere San Ignacio en Iglesias y, naturalmente, pues la Iglesia no es una abstracción, en cada una de las almas que las integran: unión en la carne y en el espíritu de Jesu-Cristo que parece significar, de modo general, la vida cristiana, pues Él es nuestra vida para siempre; unión por la fe y la caridad, de todos los miembros de la comunidad y, lo que es más principal, como fuente y raíz de lo demás, unión íntima y personal de cada creyente con Jesús y con el Padre. Por esta unión hace votos el mártir por doquiera que pasa, como lo hizo el Maestro divino momentos antes de su Pasión en la oración sacerdotal (Jn 17,20 y ss.).

reverencia según la virtud de Dios Padre. Así he sabido que lo hacen también vuestros santos ancianos, los cuales no miran para nada su juvenil condición⁵³ que salta a los ojos, sino que, como prudentes en Dios, están sumisos a él, o, por mejor decir, no a él, sino al Padre de Jesu-Cristo, que es el obispo de todos.

Así, pues, para honor de aquel que nos ha amado, es conveniente obedecer sin género de fingimiento. Porque no es a este obispo que vemos a quien se quiere engañar, sino que se trata de burlar al obispo invisible. Ahora bien, en este caso, ya no es asunto de carne, sino asunto que atañe a Dios, a quien aún lo escondido está patente.

Cristianos de verdad (IV)

Bien está, pues, no sólo llamarse cristianos, sino también serlo; al modo que hay algunos que hablan, sí, del obispo; pero luego lo hacen todo a espaldas suyas. Esos tales no me parece a mí que tienen buena conciencia, como quiera que no se reúnen de modo válido,⁵⁴ conforme al mandamiento.

Las dos monedas y sus cuños (V, 1-2)

Ahora, pues, las cosas están para llegar a su término y se nos proponen juntamente estas dos cosas: La muerte y la vida. «Y cada uno irá a su propio lugar» (Hch 1,25) Porque es como si se tratara de dos monedas, una de Dios y otra del mundo, y cada una lleva grabado su propio cuño: Los incrédulos, el de este mundo; mas los fieles, por la caridad, el cuño de Dios Padre grabado por Jesu-Cristo. Por el cual, si no estamos dispuestos a morir en su Pasión, no tenemos su vida en nosotros.

53 Damas, obispo de Magnesia, era, por las indicaciones de San Ignacio, notoriamente joven; sin embargo, hay que respetarle como a representante de Dios padre, obispo de todos. No podría, pues, llamarse a este obispo, joven de edad, un *presbyteros*, etimológicamente hablando. Tal vez este hecho nos dé la clave de la denominación que tanta confusión ha sembrado en los textos antiguos. Sería esta, salvo siempre mejor parecer: Los obispos, sacerdotes y ministros primeros, constituidos por los apóstoles o discípulos de éstos en las primeras comunidades, serían de hecho *presbyteroi*, los más viejos, *seniores natu Ecclesiae* (Hch 26,17); pero, naturalmente, las funciones de vigilancia (*episcopé*), enseñanza, exhortación, ministerio, eucaristía y demás nada tenían que ver con la edad. El nombre, sin embargo, fue común: «ancianos», y sólo lentamente se concretó a un orden jerárquico determinado, el de presbítero y sacerdote sin más.

54 Entiéndese que se trata de una reunión para celebrar el culto cristiano, reunión que no es firme o válida mientras se haga sin contar con el obispo. Lo cual, según San Ignacio, no está conforme «al mandamiento», es decir, al orden establecido por Dios en su Iglesia, fundada sobre los apóstoles (Ef 2,20 *et alias*) y, consiguientemente, sobre quienes heredan la autoridad de éstos.

Llamada a la concordia (VI, 1-2)

Como quiera, pues, que en las personas susodichas contemplé toda vuestra muchedumbre en la fe y a todos os amé, yo os exhorto a que pongáis empeño por hacerlo todo den la concordia de Dios, presidiendo el obispo en figura y representación de Dios,⁵⁵ y los ancianos en representación del colegio de los apóstoles y los diáconos, para mí dulcísimos, a quienes está confiado el ministerio de Jesucristo, el cual estaba antes de los siglos junto al Padre y se manifestó al fin de los tiempos.

Así, pues, todos, como quiera que habéis recibido la conformidad de Dios en vuestras costumbres, reverenciaos los unos a los otros y nadie mire a su prójimo según la carne, sino, en todo momento, amaos mutuamente en Jesu-Cristo.

Que nada haya entre vosotros que pueda dividiros, sino formad antes bien una sola cosa con vuestro obispo y con los que os presiden en figura y enseñanza de la incorrupción.⁵⁶

Jesucristo, modelo y centro de unidad (VII, 1-2)

Por consiguiente, a la manera que el Señor nada hizo sin contar con su Padre, hecho como estaba una cosa con Él (Jn 10,30); nada, digo, ni por Sí ni por sus apóstoles; así vosotros nada hagáis sin contar con vuestro obispo y los ancianos.

No tratéis tampoco de colorear como laudable nada que hagáis vosotros solos, sino lo hecho en común: una sola oración, una sola súplica, una sola mente, una sola esperanza en la caridad, en el gozo sin mácula.⁵⁷ Y todo ello lo es en Jesucristo, mejor que el cual nada existe.

Corred todos a una como a un solo templo de Dios, como a un solo altar y un solo Jesu-Cristo,

55 Texto célebre de San Ignacio que rueda por todos los libros de teología y apologética. En realidad, es este es el *leitmotiv* de todas sus epístolas. Hay una ligera variante en las ediciones que leen unas (la que aquí sigo) *eis typon*, y otras (Funk, cf. EP, 44) *eis tópon*. La cuestión pertenece a la crítica textual, que no es de este lugar. El sentido no cambia fundamentalmente: Los obispos y ancianos presiden en figura y representación de Dios (*eis typon*), que vale tanto como «en lugar y representación de Dios (*eis tópon*). Nótese que la presidencia o dirección la atribuye San Ignacio no solo al obispo, sino también a los «ancianos», como más claramente se ve por el final de este mismo capítulo. Lo cual no quiere decir que equipare unos y otros. Por muy valiosos que teológicamente sean estos textos no conviene olvidar que San Ignacio no está dando en sus cartas una lección de teología, sino hablando familiarmente de lo que todos vivían. Los textos ganan así con sabor de sinceridad.

56 Pudiera tal vez entenderse que los que presiden o mandan en la Iglesia son figura y enseñanza de Dios padre y de Jesu-Cristo que presiden o mandan en la Iglesia de la inmortalidad o incorrupción en el cielo. De hecho, San Ignacio no aparta jamás la vista de Dios y de Jesu-Cristo, como modelos de quienes los representan en la tierra. «Que nada se haga sin tu conocimiento, le dirá a su amigo Policarpo; pero nada hagas tú tampoco sin el de Dios». Bien está se intime obediencia en nombre de Dios; pero mire también el que manda, si manda Dios en él...

57 Es difícil hallar nada tan apremiante como esta exhortación a la unidad. Sólo puede comparársele la otra del apóstol San Pablo: ...«con empeño por guardar la unidad del espíritu en la atadura de la paz; un solo espíritu, al modo que fuisteis llamados en una sola esperanza de vuestra vocación. Un solo Señor, una sola fe, un solo bautismo. Un solo Dios y Padre de todos, el que está sobre todos y obra por todos y en todos» (Ef 4,3 y ss.). La unidad que ha de existir entre los miembros todos de la Iglesia tiene su modelo -y también su fuente y origen- en la que existe entre Jesús y el Padre. Es la oración misma de Jesús: «Que sean una misma cosa, como nosotros somos una misma cosa» (Jn 17,22). Si no quiere admitirse dependencia literaria con Pablo y Juan, lo que no puede negarse -y quizá importe más- es la dependencia y unidad de espíritu entre maestros y discípulos.

que procedió de un solo Padre y para uno solo es y a uno solo vuelve (Jn 14, 12)

Contra los judaizantes (VIII, 1-2)

No os dejéis engañar de doctrinas ajenas y de esos cuentos viejos que no sirven para nada. Porque si hasta el presente seguimos viviendo el judaísmo según la Ley, luego confesamos que no hemos recibido la Gracia; pues los profetas divinísimos vivieron según Jesu-Cristo. Por eso cabalmente, fueron también perseguidos, inspirados que estaban de su gracia, para convencer plenamente a los incrédulos de que hay un solo Dios, que se manifestó a sí mismo por medio de Jesu-Cristo, su Hijo, el cual es la Palabra suya (Jn 1,1), que procedió de silencio,⁵⁸ y en todo agradó a Aquél que le había enviado (Jn 8,29)

La vida en y por Cristo (IX, 1-3)

Si, pues, los que se habían criado en el orden antiguo de cosas, se vinieron a la novedad de esperanza, no guardando ya el sábado, sino viviendo el día del Señor —día en que también amanejó nuestra vida por su propia virtud y por gracia de su muerte, misterio que algunos niegan, siendo así que por él recibimos nosotros la fe y por él sufrimos a fin de ser hallados discípulos de Jesu-Cristo, nuestro solo maestro—, ¿cómo podremos nosotros vivir fuera de Aquél a quien los mismos profetas, discípulos suyos que eran ya en espíritu, le esperaban como a su Maestro? Y por eso, el mismo a quien justamente esperaban, los resucitó, en persona, de entre los muertos (Mt 27,52 y ss.)

La nueva levadura (X, 1-3)

No nos endurezcamos, pues, para con su benignidad; pues si Dios nos imitara a nosotros, según lo que hacemos, ya pudiéramos darnos por no existentes. Por lo tanto, convertidos en discípulos suyos, aprendamos a vivir según el cristianismo. Porque todo el que otro nombre lleva, fuera de

58 El Verbo de Dios salió del silencio del Padre, porque sólo al venir la plenitud de los tiempos, «después que Dios había hablado en muchas ocasiones y de muchas maneras a nuestros padres, por fin y en nuestros mismos días, nos habló en su hijo» (Hb 1,1 y ss.). Más tarde, cuando cundía la herejía o fantasmagoría gnóstica de Valentín (bajo Adriano, 117-138) se falseó este texto de San Ignacio en esta forma: «El cual es Verbo suyo *eterno, que no procedió del silencio*», con lo que quería o evitar o refutar el error valentiniano. Éste ponía dos tétradas de eones. La primera, el Abismo y la Sigüé (silencio), el Padre y la Verdad. Del Padre y la Verdad procedía la segunda tétrada: El Hombre, la Iglesia, el Verbo y la Vida. El Verbo, pues, sólo mediatamente procedía del Silencio. Véase *Quellen zur Geschichte der Christichen Gnosis*. Tübingen, 1932, p. 61. San Ignacio, en realidad, nada tiene que ver con estas aberraciones.

éste, no es de Dios.

Arrojad, pues, la mala levadura, vieja ya y agriada, y transformaos en la nueva, que es Jesu-Cristo (1 Co 5,7). Dejaos salvar en Él, a fin de que nadie se corrompa entre vosotros, pues por vuestro olor seréis convictos.

Absurda cosa es hablar de Jesu-Cristo y vivir judaicamente;⁵⁹ porque no fue el cristianismo el que creyó en el judaísmo, sino el judaísmo en el cristianismo. Toda lengua, que ha creído en éste, se ha congregado en Dios.

La fe plena (XI, 1)

Todo eso, amadísimos míos, no os lo escribo porque haya sabido que hay entre vosotros quienes así sientan, sino que, como el menor de vosotros, quiero hacer de centinela vuestro, a fin de que no caigáis en las redes de la vana especulación, sino que estéis plenamente ciertos del nacimiento y de la pasión y resurrección, que tuvo lugar bajo el gobierno de Poncio Pilatos. Cosas todas cumplidas de verdad y firmemente por Jesu-Cristo, esperanza nuestra, de la que no permita Dios que ninguno de vosotros se aparte.

Efusiones y avisos (XII, 1)

¡Ojalá se me concediera gozar de vosotros en todo, si yo fuera digno de ello! Porque si es cierto que estoy encadenado, no por eso puedo compararme con uno solo de vosotros que estáis sueltos. Sé muy bien que nos os hincháis por mi alabanza, pues tenéis dentro de vosotros a Jesu-Cristo. Más bien, cuando os alabo, yo sé que os avergonzáis, como está escrito: «El justo es acusador de sí mismo» (Pr 18,17)

59 Todo este largo y magnífico desarrollo (Cap. VIII-X) sobre las relaciones entre la Ley antigua y la Gracia nueva (cf. Jn 1,17: *Porque la Ley fue dada por medio de Moisés, pero la Gracia vino por Jesu-Cristo*) prueba que sigue aún viva la actividad judaizante entre las comunidades del Asia Menor y de Siria. Sin duda, Damas, obispo de Magnesia, informó de ello a San Ignacio en su visita a Esmirna. Sin embargo, no se trata ya de aquella dura lucha que hubo de sostener el apóstol San Pablo por la liberación del Evangelio contra los que pretendían que siguiera oprimiendo el cuello de los creyentes en Jesu-Cristo el yugo de la ley de Moisés, sino de especulaciones gnóstico-judaicas, «de cuentos y genealogías interminables» (1 Tm 1,4), «de cuentos judaicos» (Tt 3,9), como los llama ya con desprecio San Pablo o su secretario redactor de las *Pastorales*, «de cuentos viejos e inútiles», como dice aquí San Ignacio, que pululaban como hierba mala, dentro mismo de las comunidades cristianas. Son preludios de la especulación gnóstica, propiamente dicha, que no tardará en germinar y propagarse, como cizaña, por todo el campo de la Iglesia en este mismo siglo II, en cuyos albores atestigua su fe con su sangre San Ignacio.

La actitud de éste ante el Antiguo Testamento es maravillosa; no lo reduce a alegoría, como el pseudo-Barnabas, sino que lo subordina al Nuevo. Su pensamiento, profundo, de que los profetas vivieron según Jesucristo, por la fe y esperanza, es digno de San Pablo. Los que, aún educados en antiguo orden de cosas, abandonaron el sábado por el domingo (IX, 1) son los apóstoles y discípulos del Señor.

Los judaizantes gnósticos que combate San Ignacio, eran sin duda docetas, como parece indicarlo ya el énfasis con que afirma aquí la verdad y realidad del nacimiento, pasión y resurrección de Jesucristo, esperanza nuestra.

Nueva exhortación a la unión (XIII, 1-2)

Poned, pues, todo empeño en afianzaros en las enseñanzas del Señor y de los apóstoles, a fin de que «todo cuanto hicieréis os salga prósperamente» (Sal 1,3) en la carne y en el espíritu, en la fe y en la caridad, en el Hijo y en el Padre y en el Espíritu, en el principio y en el fin, unidos a vuestro obispo dignísimo y a la corona, digna de ser ceñida, de vuestro colegio de ancianos y de vuestros diáconos, según Dios.

Someteos a vuestro obispo, y también los unos a los otros, al modo que Jesu-Cristo a su Padre, según la carne, y a los apóstoles de Cristo y al Padre y al Espíritu Santo, a fin de que haya unidad, tanto corporal como espiritual.

Recomendaciones (X, 1)

Como sé que estáis llenos de Dios sólo brevemente os he exhortado. Acordaos de mí en vuestras oraciones, para que logre alcanzar a Dios, y de la Iglesia de Siria —de la que no soy digno de llamarme miembro, pues necesito de vuestra oración y caridad, mancomunada en Dios—, a fin de que la Iglesia de Siria sea refrigerada con el rocío de vuestra Iglesia.

Recuerdos y adiós (XI, 1)

Os saludan los efesios desde Esmirna, desde donde os escribo, los cuales están aquí presentes, al igual que vosotros, y me han aliviado en todo, juntamente con Policarpo, obispo de los esmirnitas. Igualmente os saludan todas las demás Iglesias en honor de Jesu-Cristo. Os envío mi adiós en la concordia de Dios, en posesión que estáis del espíritu inseparable, que es Jesu-Cristo.



CARTA A LOS TRALIANOS

Firma y saludo

Ignacio, por sobrenombre Portador de Dios.

A la Iglesia santa de Trales,⁶⁰ en el Asia, amada de Dios, Padre de Jesu-Cristo, escogida y divina; que goza de paz en la carne y en espíritu por la Pasión de Jesucristo, por quien esperamos resucitar en Él mismo:

Mi saludo en toda plenitud, al estilo de los apóstoles, y mis votos por vuestra más grande alegría.

Loa a los destinatarios (I)

Me he enterado de como tenéis una mente irreprochable e incommovible en la paciencia, y eso no a fuerza de ejercicio, sino por natural condición vuestra. Así me lo ha hecho patente Polibio, obispo vuestro, quien ha venido a Esmirna por querer de Dios y de Jesu-Cristo. Y hasta tal punto se ha congratulado conmigo, encadenado que estoy por Jesu-Cristo, que en él me fue dado contemplar a toda vuestra muchedumbre.

La vida «según Jesu-Cristo» (II)

Porque como sea cierto que estáis sometidos a vuestro obispo como a Jesu-Cristo, os presentáis a mis ojos no como quienes viven según los hombres, sino según Jesu-Cristo que murió por vosotros, a fin de que, por la fe en su muerte, escapéis vosotros de la muerte. Necesario es, por tanto, como ya lo practicáis, que no hagáis cosa alguna sin contar con el obispo; antes someteos también al colegio de ancianos, como a los apóstoles de Jesu-Cristo, esperanza nuestra, en quien hemos de encontrarnos en toda nuestra conducta.

Es también preciso que los que son entre vosotros diáconos de los misterios de Jesu-Cristo

60 Trales es ciudad de Asia Menor, situada entre Magnesia y Niza, en la cuenca también del Meandro. La menciona Jenofonte en *An.* I, 4,8. La comunidad cristiana era, sin duda, muy antigua. Según el *Menologium Basilianum* I; III (Migne PG. 117, 113), su primer obispo habría sido el diácono Felipe, el mismo que bautizó al eunuco de la reina Candace de Etiopía (Hch 8,27). En realidad, el primer obispo conocido es el Polibio que aquí menciona San Ignacio. Posteriormente, obispos tralenses figuran en varios concilios ecuménicos.

En castellano hay que pronunciar Trales y no Tralles, pues aún en la ortografía antigua es frecuente escribirlo con una sola l. El gentilicio, por tanto, tralenses o tralianos. (Véase Pauly-Wissowa RE VI A 2, p. 2093 y ss.) La anarquía en la escritura y pronunciación de los nombres griegos no es el menor signo de nuestra triste decadencia en estudios clásicos. ¡Y luego nos sorprende haber perdido nuestro imperio!

traten por todos los modos de hacerse gratos a todos; porque no son ministros de comidas y bebidas, sino servidores de la Iglesia de Dios. Es, pues, menester que se guarden de cuanto pudiera echárseles en cara como del fuego.

«Sin esto, no hay nombre de Iglesia» (III)

Ahora que, por vuestra parte, todos habéis de respetar a los diáconos como a Jesu-Cristo. Lo mismo digo del obispo, que es figura del Padre, y de los ancianos que representan el concejo de Dios y el colegio de los apóstoles. Sin estos no hay nombre de Iglesia.⁶¹

Acerca de todo esto, seguro estoy de que así lo sentís vosotros, pues en vuestro obispo recibí, y tengo todavía a mi lado, un trasunto de vuestra caridad.⁶² Su sola presencia es una gran lección y su mansedumbre una fuerza. Yo me figuro que aun los sin Dios han de reverenciarle.

Pudiera escribiros más enérgicamente sobre el particular; pero, por el amor que os tengo, os perdono. Pues no voy a pensar de mí tan altamente que, siendo un condenado a muerte, pretenda daros mandatos, como si fuera un apóstol.

Temores en la alabanza (IV, 1-2)

En realidad, altos son mis pensamientos en Dios; pero me comido a mí mismo, no sea que perezca por vanagloria. Porque ahora tengo que precaverme más contra mí mismo y no prestar atención a los que me hinchan. El hecho es que cuantos me hablan, me dan latigazos.

Cierto que deseo sufrir; pero no sé si soy digno de ello. Porque mi arrebató interior no aparece a los demás; pero tanto más me combate a mí. Necesito, pues, de la mansedumbre, con la que se aniquila al príncipe de este mundo.

Carismas sobrenaturales (V, 1-2)

¿Acaso no puedo escribiros sobre las cosas celestiales?⁶³ Pero temo que, como a niños que

61 Es decir, sin obispos, presbíteros y diáconos no puede hablarse de Iglesia, no puede ésta llamarse tal. Fórmula lapidaria, como tantas otras, de este gran «testigo» de la jerarquía de la Iglesia.

62 La caridad, *ágape*, se toma aquí, y en varios otros pasajes de esta y otras cartas (XIII; 1 etc.) por toda la comunidad cristiana. Este solo pormenor nos hace penetrar más hondamente en la *esencia del cristianismo* que toda una disertación doctoral. Y que esa «comunidad de la caridad» fuera una realidad viviente, ningún documento nos lo demuestra tan auténticamente como estas mismas cartas ignacianas.

63 Tal vez los tralianos habrían oído hablar de los carismas sobrenaturales concedidos al obispo de Antioquía y manifestaron, por boca de su obispo Polibio, deseos de conocerlos. San Ignacio, que no tenía los motivos apremiantes de San Pablo escribiendo a los corintios, se excusa de hablar de ello, primero por sentimiento de humildad; luego por temor de no ser entendido y, finalmente, por lo mismo que dijo San Pablo: *Aemulamini charismata meliora*. La perfección y santidad no está en los carismas, sino en la caridad. San Ignacio no se tiene por discípulo

sois, pudiera más bien haceros daño. Dispensadme de tal intento, pues al no poderlo tragar, correrías el riesgo de ahogaros.

Por los demás, yo mismo, no porque voy cargado de cadenas y soy capaz de entender lo celeste y los lugares que ocupan los ángeles y los coros de los principados, lo visible y lo invisible; no por eso, digo, soy ya discípulo. Mucho, en efecto, es lo que nos falta para no vernos faltos de Dios.

La mala hierba de la herejía (VI, 1-2)

Os exhorto, pues, no yo, sino la caridad de Jesu-Cristo, a que uséis del solo alimento cristiano, y os apartéis de toda hierba ajena, que es la herejía. Los herejes mezclan a Jesucristo con sus propias opiniones, que presentan como dignas de todo crédito y son en verdad como quienes brindan un veneno mortífero diluido en vino con miel. El incauto que gustosamente lo bebe, se toma, en funesto placer, su propia muerte.

Contra la herejía, unión con el obispo (VII, 1-2)

¡Alerta, pues, contra los tales! Y así será a condición de que no os engraís, sino que os mantengáis inseparables de Jesu-Cristo Dios, de vuestro obispo y de las ordenaciones de los apóstoles.

El que está dentro del altar es puro; más el que está fuera del altar no es puro. Es decir, el que hace algo a espaldas del obispo, del colegio de ancianos y de los diáconos, ése no está puro y limpio en su conciencia.

Efusiones y avisos (VIII, 1-2)

No es que yo me haya enterado de que se dé nada semejante entre vosotros; sino que, por el amor que os tengo, monto guardia por vosotros en previsión de las asechanzas del diablo.

Así, pues, vosotros, recobrada la mansedumbre, convertíos en nuevas creaturas por la fe, que es la carne del Señor⁶⁴ y por la caridad, que es la sangre de Jesu-Cristo. Que ninguno de vosotros

por haber contemplado los coros de los ángeles, sino que cree empezar a serlo cuando se ve cargado de cadenas por amor de Jesu-Cristo. Recordemos, una vez más, aquel sublime himno a la caridad, entonado por el Apóstol (1 Co 13, 1 y ss.) y coreado por los santos todos de todos los siglos de la Iglesia. Sin la caridad, ni el martirio mismo vale nada.

⁶⁴ La fe -dice San Ignacio- es la carne de Jesu-Cristo; la caridad, su sangre; clara profesión de fe en la Eucaristía, misterio de fe y caridad, por las que entramos en comunión con la carne y la sangre de Jesu-Cristo. Cuando San Ignacio reclama la renovación, la *recreación* de los fieles a quienes escribe, no halla recomendación mejor que remitirlos a la fuente de vida del cuerpo y la sangre del Señor en la Eucaristía, recibida con fe y caridad.

tenga nada contra su prójimo. No deis pretexto a los gentiles para que, por unos cuantos insensatos, se maldiga de toda la muchedumbre que se congrega en Dios. Porque «¡ay de aquel por quien, sin motivo, se maldice por algunos mi nombre!» (Is 52,5).

Jesús Dios-Hombre, realidad y verdad (X y X)⁶⁵

Tapaos, pues, los oídos cuando alguien venga a hablaros fuera de Jesu-Cristo, que es del linaje de David, hijo de María; que nació verdaderamente y comió y bebió; fue perseguido verdaderamente bajo Poncio Pilato y verdaderamente clavado en la cruz a la vista de los moradores del cielo, de la tierra y del infierno. El cual, además, resucitó verdaderamente de entre los muertos, por la virtud de su Padre. A cuya semejanza, también a nosotros que creemos en Él, nos resucitará su Padre en Cristo Jesús, fuera del cual no tenemos vida verdadera.

Ahora bien, si como dicen algunos, ateos que son, es decir, infieles, sólo en apariencia sufrió —¡y ellos sí que son pura apariencia!— ¿a qué fin estoy yo encadenado? ¿A qué estoy anhelando luchar con las fieras? Luego de balde voy a morir. Luego falso testimonio doy contra el Señor.

Plantas que no plantó el Padre (XI, 1-2)

Huid, por tanto, de esos retoños malos que llevan fruto mortífero. Cualquiera que de él gustare, muere inmediatamente, pues esos hombres no son «plantación del Padre» (Mt 15,13). Si lo fueran, hubiera en ellos aparecido los ramos de la cruz y su fruto hubiera sido incorruptible. De la cruz, digo, por medio de la cual os llama a Sí el Señor en su Pasión, como miembros suyos que sois. Ahora bien, la cabeza no puede nacer separada de los miembros, más que más cuando Dios promete la unión, y Él es ese Dios.

Saludos y ruegos (XII, 1-3)

Os saludo desde Esmirna juntamente con las Iglesias de Dios que me acompañan, las cuales

65 Percíbese la emoción personal intensísima del testigo de Dios que es Ignacio al condenar la herejía docética que reducía a fantasmagoría el más esencial de los dogmas cristianos: la Encarnación. El docetismo surge tempranamente como consecuencia de un falso concepto de la trascendencia divina, que no puede entrar en contacto con la materia y la carne. Si, pues, Dios se hizo hombre, no pudo ser más que aparentemente. Cerinto, a quien la tradición pone en pugna con el apóstol San Juan, parece fue el primer doceta. De hecho, San Juan combate en su primera carta a los que niegan que Jesús vino en carne (1 Jn 4, 1 y ss.). Lo mismo San Policarpo en la suya a los filipenses (V) y San Ignacio aquí y en varios otros pasajes de diversas cartas. Lo notable aquí es la conciencia que tiene el mártir (X) de que él va a dar testimonio por Dios; y de la realidad de su sufrimiento, argumenta sobre la realidad y verdad de la vida y pasión de Dios. Si Dios no sufrió por mí ¿a qué fin muero yo por Él y por dar testimonio de la fe? ¡Luego es falso testimonio el que yo voy a dar! Ignacio, pues, se siente a sí mismo a par mártir y apologeta, testigo y defensor de la fe.

me han aliviado en todo, lo mismo en el cuerpo que en el espíritu. Mis cadenas, que llevo por doquiera por amor de Jesu-Cristo suplicándole alcanzar a Dios, os dirigen esta exhortación: «Permaneced en la concordia y en la oración de unos por otros.» Porque es conveniente que cada uno en particular y señaladamente los ancianos traten de aliviar al obispo para gloria del Padre, de Jesu-Cristo y de los apóstoles.

Yo os suplico que me escuchéis con amor, no sea que venga yo a ser, con mi carta, testimonio contra vosotros.

Rogad también por mí, pues necesito de vuestra caridad ante la misericordia de Dios, a fin de ser digno de alcanzar aquella herencia, a la que ansío llegar, y no sea declarado réprobo.

Adiós (XII, 1-3)

Os saluda la caridad de los esmirniotas y efesios. Acordaos, en vuestras oraciones, de la Iglesia de Siria, de la que no soy digno de llamarme miembro, pues soy el último de todos. Adiós en Jesu-Cristo.

Someteos a vuestro obispo, como al mandamiento de Dios, y del mismo modo al consejo de ancianos. Y amaos todos los unos a los otros con corazón indivisible.

Por vosotros se ofrece como víctima mi espíritu, no solamente ahora, sino también cuando logre alcanzar a Dios. Porque todavía estoy en peligro; sin embargo, fiel es el Padre para cumplir, en Jesu-Cristo, mi súplica y la vuestra. Quiera el Señor que en Él os encontréis sin tacha.



CARTA A LOS ROMANOS

Firma y saludo

Ignacio, por sobrenombre Portador de Dios.

A la Iglesia⁶⁶ que alcanzó misericordia en la magnificencia del Padre altísimo y de Jesu-Cristo, su único Hijo; la que es amada y está iluminada por voluntad de Aquél que ha querido todas las cosas que son conforme a la caridad de Jesu-Cristo, Dios nuestro; la cual, además, preside en representación de Dios el lugar de los romanos; digna ella de Dios, digna de todo decoro, digna de toda bienaventuranza, digna de alcanzar su deseo; y puesta a la cabeza de la caridad, seguidora que es de la ley de Cristo, ordenada con el nombre del Padre; a la que además saludo en el nombre de Jesu-Cristo, Hijo del Padre; a los que corporal y espiritualmente están hechos uno con todo mandamiento suyo; a los inseparablemente colmados de gracia de Dios y limpios de todo extraño color; yo les deseo en Jesu-Cristo, nuestro Dios, la mayor alegría, que sin reproche gocen.

«Temo vuestra caridad» (I, 1-2)

Por fin, tras muchas oraciones a Dios, he alcanzado la gracia de poder ver vuestros rostros divinos, gracia que tanto había suplicado recibir. En efecto, encadenado por Jesu-Cristo, tengo esperanza de ir a saludar, si es voluntad del Señor hacerme la gracia de llegar hasta el fin. Porque los comienzos, cierto, bien puestos están, como yo logre gracia, para alcanzar sin impedimento la herencia que me toca. Y es que temo justamente vuestra caridad, no sea ella la que me perjudique. Porque a vosotros fácil cosa es lo que pretendéis hacer; pero a mí, si vosotros no tenéis consideración conmigo me va a ser difícil alcanzar a Dios.

«Mientras está el altar preparado» (II, 1-2)

Porque yo no quiero que busquéis el agrado de los hombres, sino, como en efecto le buscáis,

66 ¿Cómo negar lo excepcional, lo de todo punto extraordinario de este saludo de Ignacio a la Iglesia de roma? Como todo en esta magnífica carta ha de ser extraordinario, empieza siéndolo este cúmulo de títulos y prerrogativas con que se la saluda en el sobrescrito y señas. Ya su solo conjunto daría un argumento sobre la conciencia que tiene el obispo antioqueño de cierta primacía de esta Iglesia sobre las demás. Pero lo que pudiera considerarse como sentimiento, pasa a ser idea claramente expresada en el mismo texto. La Iglesia de Roma, según San Ignacio, preside en *tipo*, que no puede ser sino en «representación de Dios» el lugar de los romanos; pero además está a la cabeza de la caridad (*tes agapes*). La caridad, como ya quedó notado, es la Iglesia y aquí, dicho con esta universalidad y después de la «presidencia» del lugar de los romanos, no puede significar sino la Iglesia universal, *universus caritatis coetus*, que vierte Funk (EP., 54). Como se ve, sigo la variante *en tipo* contra el mismo Funk (l. c.) *en tópo*. Gramaticalmente me parece preferible, y para nada afecta, más bien corrobora, el sentido de primacía de la Iglesia romana.

el agrado de Dios. Y el hecho es que ni yo tendré jamás ocasión semejante de alcanzar a Dios; ni vosotros, con solo que calléis, podréis poner vuestra firma en obra más bella. Porque si vosotros calláis respecto de mí, yo me convertiré en palabra de Dios; más si os dejáis llevar del amor a mi carne, seré otra vez un eco vano.

No me procuréis otra cosa, fuera de permitirme inmolar por Dios, mientras el altar está todavía preparado, a fin de que, formando un coro por la caridad, cantéis al Padre en Jesu-Cristo, por haber hecho Dios al obispo de Siria la gracia de llegar a su ocaso, después de hacerle venir desde oriente. ¡Hermoso es que el sol de mi vida, saliendo del mundo, se ponga en Dios, para que Él amanezca!

«A otros habéis enseñado» (III, 1-3)

A nadie jamás envidiasteis; a otros habéis enseñado.⁶⁷ Ahora bien, lo que yo quiero es que lo que a otros mandáis cuando los hacéis discípulos del Señor, sea también firme respecto a mí. Lo único que para mí habéis de pedir es fuerza, tanto interior como exterior, a fin de que, no sólo hable, sino que también esté decidido; que no sólo me llame cristiano, sino que me muestre tal. Porque si me nuestro cristiano, entonces podré de verdad llamármelo; y entonces seré de verdad fiel,⁶⁸ cuando no apareciere ya el mundo.

Nada que aparezca es bueno;⁶⁹ porque nuestro Dios Jesu-Cristo, estando en el Padre, se manifiesta más.

Cuando el cristianismo es odiado por el mundo, no está tanto el negocio en la persuasión, cuanto en la grandeza.

«Benevolencia inoportuna» (IV, 1-3)

Por lo que a mí toca, escribo a todas las Iglesias y les comunico que yo muero de buena gana

67 No recuerdo que San Ignacio atribuya a ninguna otra Iglesia -y la suya misma, como la de Éfeso, eran *apostólicas* si las hay- la prerrogativa de enseñar a otros. Y conviene distinguir entre *didáskein* y *matheteúesthai*; el primero se aplica a una enseñanza estrictamente tal; el otro es formar un discípulo del Señor, por ejemplo, convirtiendo un pagano al cristianismo. Ambos de enseñanza atribuye San Ignacio a la Iglesia de Roma. ¿Alude a casos concretos? Yo me inclinaría a pensar en la *I.^a Clementis*, que consta ciertamente fue conocida de Policarpo y pudo fácilmente serlo de Ignacio.

68 Es decir, cristiano.

69 Casi estamos por ver aquí un rastro de platonismo, para el que la verdadera realidad -la belleza en sí, la bondad, la verdad primera- no es lo que aparece a los ojos, sino algo a que estas apariencias no hacen sino aludir y recordarnos, pero que no cae bajo el dominio de los sentidos. No quiere ello decir que San Ignacio tuviera conocimiento de Platón, pues no puede afirmarse ni de San Pablo, a pesar de que son pura resonancia platónica estas palabras suyas a los corintios: «... no contemplando las cosas visibles, si no las no visibles; pues lo visible es pasajero; más lo invisible, eterno» (2 Co 4,18). San Ignacio pone el ejemplo de Jesús, que estando invisible en su Padre, «se manifiesta más y se contempla mejor su divinidad». Lo mismo cuando él no aparezca ya al mundo. ¡Admirable doctrina...!

por Dios, con tal de que vosotros no me lo impidáis. Yo os lo suplico, no mostréis para conmigo una benevolencia inoportuna. Permitidme ser pasto de las fieras, por las que me es dado alcanzar a Dios.

Trigo soy de Dios y por dientes de las fieras he de ser molido, a fin de ser hallado como limpio pan de Cristo. Halagad más bien a las fieras, para que se conviertan en sepultura mía y no dejen rastro de mi cuerpo, con lo que, después de mi muerte, no seré molesto a nadie.

Cuando el mundo no vea ya mi cuerpo siquiera, entonces seré verdadero discípulo de Cristo. Suplicad por mí a Cristo, a fin de que, por esos instrumentos, sea hallado sacrificio para Dios.

No os doy yo mandatos como Pedro y Pablo.⁷⁰ Ellos fueron apóstoles; yo soy sólo un condenado a muerte. Ellos son ya libres; yo, hasta el presente, soy un esclavo. Sin embargo, cuando hubiere sufrido quedaré liberto de Jesu-Cristo y resucitaré libre en Él. Ahora aprendo, encadenado como estoy, a no tener deseo alguno.

«Atado a diez leopardos» (V, 1-3)

Desde Siria a Roma, vengo luchando con las fieras por tierra y por mar, atado que estoy noche y día a diez leopardos, es decir, a un pelotón de soldado, que, hasta con los beneficios que se les hacen, se vuelven peores. Entre sus malos tratos, me hago yo cada vez más discípulo del Señor, «aunque no por eso estoy justificado» (1 Co 4,4)

«Goce yo de las fieras» (V, 2-3)

¡Ojalá goce yo de las fieras que mes están preparadas y que hago votos porque se muestren conmigo veloces! Yo mismo las azuzaré para que me devoren rápidamente, no como algunos a quienes, amedrentadas, no osaron tocar. Y si ellas, por propio impulso, no quisieren, yo mismo las forzaré.

Perdonadme: Yo sé lo que me conviene. Ahora empiezo a ser discípulo. Que ninguna cosa,

70 «Esta palabras no equivalen, comenta Duchesne (*Historia de la Iglesia antigua*, vol. I, p. 37 de la ed. Italiana), a esta afirmación: «Pedro vino a Roma»; pero suponiendo que hubiera venido, Ignacio no habría hablado de otro modo; suponiendo lo contrario, su razonamiento carecería de base.» Obsérvese que San Ignacio se complace de evocar el recuerdo de los apóstoles, cuando escribe a Iglesias que los vieron en vida. Tal el caso de los efesios. Lo mismo hace Policarpo con los filipenses. Para mí, tan probatoria es aquí la mención de Pedro y Pablo, como la de Pablo en la carta a los efesios. Sólo que allí la prueba huelga y aquí se trata de un hecho de incalculable trascendencia histórica sin un texto escriturario claro y terminante; cf., sin embargo, 1 P 5,13, en que roma está nombrada con el nombre simbólico y conocido de Babilonia.

Del hecho de llamarse aquí San Ignacio «esclavo», se ha querido deducir, sin razón, que los fue realmente. La expresión indica sólo humildad.

visible ni invisible, se ponga delante a trueque de alcanzar a Jesu-Cristo. El fuego y a cruz, las manadas de fieras, los cortes, las desgarraduras, los quebrantamientos de huesos, los descoyuntamientos de miembros, las trituraciones de todo el cuerpo, los tormentos atroces del diablo, venga todos sobre mí, a condición sólo de que yo alcance a Jesu-Cristo.

«Mi parto está inminente» (VI, 1-3)

De nada me aprovecharán los deleites del mundo,⁷¹ ni los reinos todos de este siglo. Por mi parte, prefiero morir en Cristo Jesús que ser rey de los confines de la tierra. A Aquél busco,⁷² que murió por nosotros. A Aquél quiero, que por nosotros resucitó. Y mi parto es ya inminente (Jn 16,21)

Perdonadme, hermanos. No me impidáis vivir; no os empeñéis en que yo muera. No entreguéis al mundo al que quiere ser de Dios, no me queráis engañar con lo terreno. Dejadme percibir la luz pura. Llegado allí, seré de verdad hombre.

Permitidme ser imitador de la Pasión de mi Dios. Si alguno le tiene dentro de sí, que comprenda lo que yo quiero y, si sabe lo que a mí me apremia, que haya lástima de mí.

«Mi amor está crucificado» (VII, 1-3)

El príncipe de este mundo pretende arrebatarme y pervertir mi pensamiento que se dirige a Dios.

Ahora, pues, que nadie de los ahí presentes le vaya a ayudar; poneos más bien de mi parte, es decir, de parte de Dios. No tengáis a Jesu-Cristo en la boca y luego codiciéis el mundo.

Que no habite en vosotros la envidia. Ni aun cuando yo mismo, al llegar ahí, os lo rogara, me hagáis caso; hacedlo más bien a lo que ahora os escribo. Porque ahora os escribo vivo, con ansias de morir.

Mi amor está crucificado y no queda ya en mí fuego que busque alimentarse de materia; sí, en cambio, un agua viva, que dentro de mí murmura y desde lo íntimo me dice: «Ven al Padre» (Jn

71 Así el texto que sigo; hay una variante (Funk) que dice «Los términos o confines del mundo.» Tal vez preferible.

72 Pocas páginas habrá en toda la literatura universal más candentes de ansia de muerte que ésta del gran testigo y amigo de Jesús, Ignacio de Antioquía. Estas llamaradas del gran corazón de místico que es San Ignacio son un comentario vivo al otro grito de pablo, cuando dijo: «Deseo ser desatado y estar con Cristo» (Flp 1,23). A ambos les apremiaba el mismo fuego de la caridad de Cristo (2 Co 5,14), e Ignacio apela a los que tengan alguna experiencia de lo que es amar de verdad a Jesu-Cristo para que tengan lástima de él..., y le dejen morir. ¡Y esto pudo ser tenido por inauténtico! Como si el amor de locura por Dios pudiera inventarse.

7,38)

No siento placer por la comida corruptible ni me atraen los deleites de esta vida. El pan de Dios quiero, que es la carne de Jesu-Cristo, del linaje de David; y por bebida quiero su sangre, que es amor incorruptible.

«No quiero vivir según los hombres» (VIII, 1-3)

Ya no quiero vivir más según los hombres, y así será con que vosotros queráis. Queredlo, para que también vosotros seáis queridos. En bien pocas líneas cifro mi súplica: «Creedme». Jesu-Cristo —Él, que es la boca infalible por la que el padre nos habló verdaderamente— os hará patente con cuánta verdad o escribo.

Rogad por mí, para que llegue a la meta. No os he escrito según la carne, sino según la mente y sentir de Dios. Si lograre sufrir, me habéis amado; si fuere rechazado, me habéis aborrecido.

«Por pastor, a Dios...» (IX, 1-3)

Acordaos en vuestras oraciones de la Iglesia de Siria, la cual tiene ahora, en lugar mío, a Dios por pastor. Sólo Jesu-Cristo y vuestra caridad harán con ella oficio de obispo. Yo, por mi parte, me avergüenzo de llamarme uno de sus fieles, pues ni digno soy de ello, siendo el último de todos y como un aborto. Sin embargo, misericordiosamente se me concede ser alguien, si logro alcanzar a Dios.

Mi espíritu os saluda y juntamente la caridad de las Iglesias, que me han recibido en nombre de Jesu-Cristo y no como a un pasajero. En efecto, aun las que no había de tocar materialmente en mi camino, se me han adelantado ciudad por ciudad.

Despedida (X, 1-3)

Y todo esto os lo escribo desde Esmirna por medio de los efesios, dignos de ser tenidos por bienaventurados. También está conmigo, a par de muchos otros, Croco, nombre que es para mí tan querido.

Respecto de los que me preceden a mí desde Siria a Roma, espero que los reconoceréis y por ellos sabréis que yo estoy ya próximo a llegar. Todos, en efecto, son dignos de Dios y de vosotros. Bien estará, pues, que por vuestra parte los aliviéis en todo.

La fecha de esta carta es a nueve días antes de las calendas de septiembre. Adiós, y perseverad hasta el fin en la paciencia de Jesu-Cristo.

††††††††

CARTA A LOS FILADELFIOS

Firma y saludo⁷³

Ignacio, por sobrenombre Portador de Dios.

A la Iglesia de Dios Padre y del Señor Jesu-Cristo, establecida en Filadelfia de Asia; la que ha alcanzado misericordia y está asentada en la concordia de Dios y se regocija en la Pasión de nuestro Señor inseparablemente y tiene plena certidumbre de la resurrección, en toda misericordia: mi saludo en la sangre de Jesu-Cristo.

Iglesia que es regocijo eterno y permanente, mayormente cuando forman una sola cosa con su obispo, con los ancianos que le rodean y con los diáconos que fueron constituidos según el sentir de Jesu-Cristo y a los que Él, según su propia voluntad, afianzó en firmeza por su santo Espíritu.

Elogio del obispo (I, 1-2)

Muy bien me di cuenta de que vuestro obispo no ejerce el ministerio que atañe al común de la Iglesia porque se lo haya de sí y ante sí arrogado, ni porque le venga de mano de hombre, ni por ambición de gloria vana, sino en la caridad de Dios Padre y del Señor Jesu-Cristo. Maravillado estoy de la serenidad de un hombre que puede más con su silencio que otros con su vana garrulería. Y es que está tan armoniosamente concertado con los mandamientos de Dios, como la lira con las cuerdas.

Por eso no puedo menos de tener en mi alma por bienhadado su modo de sentir que mira todo a Dios, pues bien me doy cuenta de que en ello hay un cúmulo de virtud y perfección; bienhadada otrosí su imperturbabilidad y mansedumbre, como de quien vive en la serenidad de Dios.

Hijos de la luz (II, 1-2)

Ahora bien, como hijos de la luz⁷⁴ de la verdad, huid de toda escisión y de toda mala doctrina.

73 Filadelfia era ciudad de la Frigia (hoy lleva el nombre de Alaşehir), fundada por Atalo II, por sobrenombre *Philadelphos*, después del año 189, en el valle del Cogamis, afluente del Hermo. Estaba situada en la vía romana Troas-Pérgamo-Sardes-Filadelfia-Oriente. San Ignacio hizo alto en esta ciudad, y la carta, escrita desde Troas, nos da más de un pormenor de su estancia en aquella cristiandad, trabajada sin duda por banderías heréticas.

74 Cuán impregnado estuviera San Ignacio de las palabras del Evangelio y cuán sustancia propia las tenía hechas, pruébalo todo este párrafo, en que apenas hay palabra que no pueda referirse a otra del nuevo Testamento, sin que, sin embargo, se pueda hablar propiamente de citas. Hijos de la luz somos dichos por el Señor en Lc 16,8, aunque nos ganen en astucia «los hijos de este siglo»; y pos San Pablo en Ef 5,8. El Evangelio de San Juan está todo atravesado por el fulgor de la luz desde su prólogo, que nos deslumbra entre claridades inaccesibles a nuestra mísera pupila humana. La imagen del pastor y del lobo, aplicada lo mismo a Jesús que a los pastores que hacen sus veces, es joánica (Jn

En cambio, donde esté el pastor, allí debéis, como ovejas, seguir vosotros. Porque muchos lobos, que se presentan como dignos de todo crédito, cautivan con funesto placer a los corredores de Dios. Mas en vuestra unión, ningún lugar de entrada tienen.

La mala hierba de la herejía (III, 1-3)

Apartaos de las malas hierbas que no cultiva Jesu-Cristo, pues no son plantación del padre (Mt 15,13). Y no es que hallara yo entre vosotros escisión, sino limpieza.

Porque cuantos son de Dios y de Jesu-Cristo, esos son los que están con el obispo. Ahora que, cuantos, arrepentidos, volvieren a la unidad de la Iglesia, también esos serán de Dios, a fin de vivir conforme a Jesu-Cristo.

No os engañéis, hermanos míos: si alguno sigue al que se separa, «no heredará el reino de Dios» (1 Co 6,9). El que camina en sentencia ajena,⁷⁵ ese tal no se conforma a la Pasión.

La Eucaristía, centro de unidad (IV)

Poned, pues, todo ahínco en no usar sino de una sola Eucaristía, porque una sola es la carne de nuestro Señor Jesucristo, y uno solo es el cáliz para unirnos con su sangre. Un solo altar, así como no hay más que un solo obispo juntamente con el colegio de ancianos y los diáconos, consiervos míos, a fin de que todo cuanto hicieréis, lo hagáis según Dios.

Efusiones y avisos (V, 1-2)

Hermanos míos, en extremo me derramo en efusiones de amor con vosotros y con sumo regocijo de mi parte trato de afianzaros a vosotros; o más bien, no yo, sino Jesu-Cristo. Aun estando por Él entre cadenas, temo más bien, como quien todavía no ha llegado a la perfección. Sin embargo, vuestra oración a Dios por mí me perfeccionará, para que alcance la herencia que misericordiosamente me cupo en suerte, después de haberme refugiado en el Evangelio,⁷⁶ como en la

10,11 y ss., dicho de Jesús; y 31,15 y ss. Dicho de Pedro). Finalmente, corredores de Dios nos trae reminiscencias paulinas: Los que corren en el estadio... (1 Co 9,24).

75 Ajena a la sentencia o sentir de la Iglesia.

76 Para San Ignacio, el Evangelio es la carne de Jesús, sin duda porque en él conoce la verdad y realidad de la vida del señor, principio de nuestra salud. Los apóstoles son también refugio suyo, como senado de la iglesia, es decir, suprema autoridad en la dirección y gobierno de la misma. Sin embargo, el orden nuevo -Evangelio, apóstoles e Iglesia- no está destrabado del orden antiguo que fue su anuncio o preludio. San Ignacio ama a los profetas, como quiera que también ellos anunciaron el Evangelio (*o con miras al Evangelio*, que fuera quizá más exacto traducir, si no fuera tan anárquico el uso de las preposiciones en San Ignacio) y vivieron ya unidos con Jesús. Se ve, pues, y una vez más, cómo Jesús es

carne de Jesús y en los apóstoles como en el senado de la Iglesia.

Hombres sin Jesu-Cristo, sepulcros vacíos (VI, 1-3)

Mas si alguno os viene con interpretaciones sobre judaísmo, no le escuchéis. Porque más vale oír el cristianismo de labios de un circuncidado que no el judaísmo de labios de un incircunciso; pero si ni uno ni otro hablaren de Jesu-Cristo, en ese caso esa gente no son para mí sino columna funerarias y sepulcros de muertos, sobre los que no hay escritos sino meros nombres de hombres.

Huid, pues, las arterías y asechanzas del príncipe de este siglo, no sea que, atribulados por traza suya, vengáis a debilitaros en la caridad. Congregaos más bien todos en uno con corazón indivisible.

Por lo que a mí toca, doy gracias a mi Dios de que tengo tranquila la conciencia respecto a vosotros y nadie puede ufanarse, ni privada ni públicamente, de que le fuera gravoso ni poco ni mucho. En cambio, sí que hago votos porque a ninguno de cuantos me oyeron se le conviertan mis palabras en testimonio contra él.

Incidentes y disputas (VII, 1-2)

Porque sí es cierto que algunos quisieron engañarme según la carne, mas el espíritu no se extravía, como quiera que procede de Dios. Porque Él sabe de dónde viene y a dónde va y arguye hasta lo escondido (Jn 3,8 y 16,5). Yo grité en medio de sus razonamientos, con fuerte voz, con voz de Dios: «¡Atención al obispo y a los ancianos y a los diáconos!

Cierto que algunos sospecharon que yo dije eso por saber la escisión de algunos de ellos; pero pongo por testigo a Aquél por quien llevo estas cadenas, que yo nada sabía por carne de hombre. Fue antes bien el Espíritu el que pregonó al decir así: «nada hagáis sin contar con el obispo. Guardad vuestra carne como templo de Dios. Amad la unidad. Huid de las escisiones. Sed imitadores de Jesu-Cristo, como también Él lo es de su Padre.»

«Mi archivo es Jesu-Cristo» (VIII, 1-2)

Así, pues, por lo que a mí toca, hice lo que me cumplía como hombre que llegó a la perfección

el centro de todo, anillo que enlaza lo nuevo a lo viejo; y una vez más también se comprueba cuán profundamente paulino y joánico es el espíritu y el alma de este gran testigo de Jesús, Ignacio de Antioquía.

en la unidad; mas allí donde hay escisión e ira, no habita Dios. Ahora bien, a todos cuantos se conviertan, les perdona el Señor, a condición de que se conviertan a la unidad de Dios y al consejo del obispo. Yo confío en la gracia de Jesu-Cristo que Él desatará de vosotros toda ligadura.

Sin embargo, yo os exhorto a que nada hagáis por espíritu de contienda, sino cual dice a discípulos de Cristo. Lo digo porque yo oí a algunos que decían:

— Si no lo hayo en los documentos o archivos, es decir, en el Evangelio, no lo creo.

Les contesté yo;

— Pues está escrito.

Y me respondieron ellos:

— Es lo que hay que probar.

Mas para mí todos los documentos o archivos se cifran en Jesu-Cristo. Documentos intangibles son su cruz y resurrección y la fe que de Él nos viene. En esos archivos quiero, por vuestra oración, ser justificado.

Jesu-Cristo, sumo sacerdote (IX, 1-2)

Bien están también los sacerdotes; pero mejor que todos es el Sumo Sacerdote a quien se confía el *Sancta Sanctorum*, el solo a quien se encomiendan los secretos de Dios, como que Él es la puerta de Dios (Jn 10,9), por la que entran Abraham, Isaac y Jacob y los profetas y los apóstoles y la Iglesia. Todo esto para la unidad de Dios.

Sin embargo, algo de excelente tiene el Evangelio, a saber: la venida del Salvador, nuestro Señor Jesucristo, su pasión y su resurrección. Porque los amados profetas a Él anunciaron; más el Evangelio es el acabamiento y perfección de la incorrupción. Todo junto es hermoso, a condición de que creáis en caridad.

Buenas noticias de Antioquía (X, 1-2)

Puesto que, gracias a vuestra oración y a las entrañas que tenéis en Jesu-Cristo, se me han dado noticias⁷⁷ de que ha recobrado la paz la Iglesia de Antioquía de Siria, os conviene, como a

⁷⁷ En Alejandría Troas, puerto de la Tróada, recibe San Ignacio noticias de que la Iglesia de Antioquía ha recobrado la paz. Quisiéramos saber cómo se había perdido. ¿Por disensión interna? Eso parece indicar que diga San Ignacio que se congratulen con ellos «porque han vuelto a congregarse en uno». Mas no se ve que una cuestión interior pudiera terminar en la condenación a las fieras de su obispo. Sin duda, la

Iglesia que sois de Dios, que diputéis un diácono que lleve allí una embajada de Dios, a fin de congratularse con ellos por haber vuelto a juntarse en uno y glorificar por ello el Nombre. Bienaventurado aquél que ha de ser tenido por digno de semejante menester, en que también vosotros seréis glorificados. Ahora bien, si queréis, no ha de ser obra imposible por el nombre de Dios. De este modo las Iglesias más próximas han enviado obispos y algunas, ancianos y diáconos.

Recomendaciones y despedida (XI, 1-2)

Respecto a Filón, diácono de Cilicia, hombre atestiguado, que ahora además me sirve a mí en consideración a Dios, juntamente con Rhaius Agatópode, que me viene acompañando desde Siria, con renuncia de su vida... Los dos me dan testimonio de vosotros y yo doy gracias a Dios porque los recibisteis. ¡Así os reciba a vosotros el Señor! Aquellos, en cambio, que los deshonraron,⁷⁸ ¡ojalá se rindan por la gracia de Jesu-Cristo!

Os saluda la caridad de los hermanos de Troas, desde donde también os escribo por mano de Burro, que los efesios y esmirniotas enviaron conmigo para honrarme. Que a ellos los honre el Señor Jesu-Cristo en quien esperan en carne, alma, fe, caridad y paciencia. Adiós, en Jesu-Cristo, nuestra común esperanza.



persecución exterior habría dispersado a los miembros y dirigentes de la Iglesia y ahora pueden otra vez reunirse tranquilamente a celebrar los misterios y vivir la vida cristiana.

78 Hay en esta carta más de un indicio de que el paso de San Ignacio por Filadelfia tuvo más de un incidente desagradable. Primero (VI, 3) nos dice que da gracias a Dios de no haber sido gravoso a nadie, lo que no dice mucho en favor de la esplendidez de los filadelfios; luego nos relata su intervención en aquel conventículo tenido a espaldas del obispo, en que se puso a prueba su buena fe, y ahora nos habla nada menos que de deshonra infligida a dos excelentes «servidores» que le acompañan con renuncia de su vida, camino del martirio. Y, sin embargo, ahí está la única palabra que tiene contra ellos el mártir: que se rediman por la gracia de Jesu-Cristo. Son tenues sombras del cuadro, que no hacen sino resaltar la belleza de luz divina que circunda a este admirable testigo y amigo de Jesús.

CARTA A LOS ESMIRNIOTAS

Firma y saludo

Ignacio, por sobrenombre Portador de Dios.

A la Iglesia de Dios Padre y de Amado, Jesu-Cristo, que ha alcanzado misericordia en todo don de la gracia; la que está colmada de fe y caridad, sin que le falte carisma alguno; Iglesia divínísima y portadora de santidad, establecida en Esmirna de Asia: mi saludo de todo corazón en espíritu irreprochable y palabra de Dios.

Loa del destinatario (I, 1) y profesión de fe (I, 2)

Yo glorifico a Jesu-Cristo que hasta tal punto os ha hecho sabios, pues me di cuenta de cuán bien apercebidos estáis de fe incommovible, como si estuvierais clavados, en cuerpo y en espíritu, sobre la cruz del Señor Jesu-Cristo, y afianzados en caridad por la sangre de Jesu-Cristo, llenos de certidumbre en lo tocante a nuestro Señor, el cual es con toda verdad del linaje de David según la carne (Rm 1,4), hijo de Dios conforme a la voluntad y virtud de Dios, nacido verdaderamente de una virgen, bautizado por Juan, con el fin de cumplir Él toda justicia (Mt 3,15), clavado verdaderamente por amor nuestro en la cruz bajo Poncio Pilatos y Herodes Tetrarca —fruto suyo somos nosotros; fruto, digo, de su divina y bienaventurada Pasión—, a fin de alzar bandera por los siglos (Is 5,26), por medio de su resurrección, entre sus santos y fieles, ora judíos, ora gentiles, aunados en un solo cuerpo de su Iglesia.

Los docetas, entes aparienciales (II, 1)

Porque todo eso lo sufrió por nosotros, para que nos salvemos. Y los sufrió verdaderamente, no como dicen algunos infieles que sólo sufrió en apariencia. ¡Ellos sí que son la pura apariencia! Y según como piensan, así también les sucederá, que se queden en entes incorpóreos y fantasmales.

«Palpad y ved» (III, 1-3)

Yo, por mi parte, aún después de la resurrección, sé y creo que permaneció el Señor en su carne. Y así, cuando se presentó a Pedro y sus compañeros, les dijo: «Tomad, palpad y ved como yo no soy un espíritu incorpóreo.» E inmediatamente le tocaron y creyeron, unidos a su carne y a

su espíritu. Por esa fe llegaron a despreciar la misma muerte y fueron halados superiores a la muerte. Después de la resurrección, comió y bebió con ellos como hombre de carne, por más que espiritualmente estaba hecho una cosa con el Padre.

Fieras en forma humana (IV, 1-2)

Ahora bien, carísimos, todo esto os lo encarezco aun a sabiendas de que también vosotros sentís así. Pero es que yo hago de centinela por vosotros contra estas fieras en forma humana, a las que no solo es menester que no las recibáis entre vosotros, sino que, de ser posible, ni aun toparos debéis con ellas. Lo único que debéis hacer es rogar por esos hombres, a ver si se convierten, cosa, por cierto, difícil. Sin embargo, dentro cae del poder de Jesu-Cristo, verdadera vida nuestra.

Porque si solo en apariencia fueron hechas estas cosas por nuestro Señor, luego también yo estoy cargado de cadenas en apariencia. Ahora, pues, ¿a qué fin me he entregado yo, muy entregado, a la muerte, a la espada y a las fieras? Mas la verdad es que estar cerca de la espada es estar cerca de Dios y encontrarse en medio de las fieras es encontrarse en medio de Dios. Lo único que hace falta es que sea en el nombre de Jesu-Cristo. A trueque de sufrir juntamente con Él, todo lo soporto, como quiera que Él mismo, que fue hombre perfecto, es el que me conforta.

Los que niegan son negados (V, 1-3)

A Jesu-Cristo, por desconocerle, le niegan algunos, o más bien, ellos son los negados por Él, como abogados que son antes bien de la muerte que de la verdad. A estos hombres, no los convencieron ni los profetas ni la ley de Moisés, ni siquiera, hasta el presente, el Evangelio mismo, ni los sufrimientos de cada uno de nosotros. Y es que sobre nosotros profesan también la misma opinión.

Porque ¿de dónde me aprovecha que alguien me alabe a mí, si maldice a mi Señor, no confesando que lleva Él una carne? El que esto niega, le ha negado absolutamente y lleva sobre sí un cadáver.

Ahora bien, por lo que hace a sus nombres, como se trata de nombres infieles, no me pareció consignarlos. Es más, ni acordarme de ellos quisiera, hasta que se conviertan a aquella Pasión, que es nuestra resurrección.

La caridad, piedra de toque de la doctrina (VI, 1-2)

Que nadie se lleve a engaño: aun las potestades celestes y la gloria de los ángeles y los príncipes visibles e invisibles, están sujetos a juicio, si no creen en la sangre de Cristo. «El que pueda entender, que entienda» (Mt 19,12). Que nadie se engría por el lugar que ocupa, porque el todo está en la fe y en la caridad, a las cuales nada puede anteponerse.

Por lo demás, respecto a los que profesan opiniones ajenas a la gracia de Jesu-Cristo que vino a vosotros, daos cuenta de cuán contrarios son al sentido de Dios. La prueba es que nada se les da por la caridad; no les importa la viuda ni el huérfano ni el atribulado, ni quien esté encadenado o suelto, hambriento o sediento.

Los herejes que huyen de la Eucaristía (VII, 1-2)

También se apartan de la Eucaristía y de la oración, porque no confiesan que la Eucaristía es la carne de nuestro Salvador Jesu-Cristo, la misma que padeció por nuestros pecados, la misma que el Padre resucitó en su benignidad. Así, pues, los que contradicen el don de Dios, perecen y mueren en sus disquisiciones. Más les valiera celebrar la Eucaristía, a fin de que resuciten.

Conviene, por tanto, apartarse de tales hombres y ni privada ni públicamente hablar con ellos, sino prestar toda nuestra atención a los profetas y más señaladamente al Evangelio, en que se nos muestra la Pasión y se cumple la Resurrección.

¡Todo bajo la dependencia del obispo! (VIII, 1-2)

Seguid todos al obispo, como Jesu-Cristo al Padre; y al colegio de ancianos, como a los apóstoles. A los diáconos, tenedles la misma reverencia que a los mandamientos de Dios. Que nadie haga nada de cuanto atañe a la Iglesia sin contar con el obispo. Aquella Eucaristía sea tenida por firme, que se celebre por el obispo o de quien de él tenga autorización.

Dondequiera apareciere el obispo, allí también esté la muchedumbre, al modo que donde está Jesu-Cristo, allí está la Iglesia Católica. Sin contar con el obispo, no es lícito ni bautizar ni celebrar el ágape; sino más bien aquello que él aprobare, eso es también lo agradable a Dios, a fin de que cuanto hagáis sea seguro y firme.

Recomendaciones y recuerdos gratos (IX, 1-2)

Razonable cosa es que en adelante vivamos sobriamente y, mientras todavía nos queda tiempo, nos convirtamos a Dios. Bien está que sepamos de Dios y del obispo. El que honra al obispo, es de Dios honrado. El que a ocultas del obispo hace algo, sirve al diablo.

Así, pues, que todo en vosotros abunde en gracia, pues dignos sois de ello. En todo me aliviasteis, como a vosotros Jesu-Cristo, Presente lo mismo que ausente, me habéis dado pruebas de vuestro amor. Que Dios os lo galardone, a quien alcanzaréis, como todo los soportareis por su amor.

«Mis cadenas, rescate vuestro» (X, 1-2)

Muy bien hicisteis en recibir, a Filón y Agatópode como ministros de Cristo Dios, que me han acompañado en mi viaje, mirando sólo a Dios. Ellos dan también gracias a Dios por vosotros, por haberlos aliviado de todas maneras. Por rescate vuestro ofrezco mi espíritu y mis cadenas, que vosotros no despreciasteis altivamente y de las que no os avergonzasteis. Tampoco de vosotros se avergonzará Aquél que es la fe cabal: Jesu-Cristo.

Embajada divina de felicitación a la Iglesia de Siria (XI, 1-3)

Vuestra oración ha llegado hasta la Iglesia de Antioquía de Siria. Cargado de estas divinísimas cadenas que desde allí traigo, a todos los saludo, a pesar de que no soy digno de contarme entre ellos, último que soy entre todos. Sin embargo, porque así lo quiso el Señor y no por méritos de que yo tenga conciencia, fui hecho digno por pura gracia de Dios, la cual suplico llegue en mí a su acabamiento, para que, por vuestra oración, alcance a Dios.

Ahora bien, para que vuestra obra llegue a su perfección tanto en la tierra como en el cielo, es conveniente, para honor de Dios, que vaya hasta la Siria y les felicite por gozar ya la paz y haber recobrado su propia grandeza y porque se ha restablecido el propio cuerpecillo de aquella Iglesia.

Por mi parte, pues, me pareció que valía la pena enviar a alguno de los vuestros con una carta mía, a fin de que celebre junto con ellos la bonanza según Dios que ha sobrevenido y que por vuestra oración hayan felizmente arribado al puerto.

Si sois perfectos, tened también pensamientos de perfección. Porque si vosotros estáis decididos a obrar bien, Dios está pronto a daros lo que hayáis menester.

Saludos y despedida (XII y XIII)

Os saluda la caridad de los hermanos de Troas, desde donde también os escribo por medio de Burro, a quien enviasteis conmigo juntamente con los efesios, hermanos vuestros y que en todo me ha aliviado. ¡Y pluguiera a Dios que todos le imitaran, como dechado que es de servicio de Dios! Que la gracia se lo recompense todo.

Saludo a vuestro obispo, digno de Dios, y al divino colegio de ancianos, a los diáconos consiervos míos y a cada uno en particular y a todos en general en nombre de Jesu-Cristo, en su carne y en su sangre, pasión y resurrección, en unidad de Dios y vuestra, corporal y espiritualmente.

Que la gracia sea con vosotros, la misericordia, la paz y la paciencia por siempre.

Saludo a las familias de mis hermanos con sus mujeres e hijos ya las vírgenes, las llamadas viudas. Recibid mi adiós en la virtud del espíritu.

Saludo a Alce, nombre para mí tan querido, y a Daphno, el incomparable y de hermosos hijos. Y a todos por su propio nombre.

Adiós en la gracia de Dios.

††††††††

CARTA A SAN POLICARPO OBISPO DE ESMIRNA

Firma y saludo

Ignacio, por sobrenombre Portador de Dios.

A Policarpo, obispo de la Iglesia de Esmirna, o, más bien, puesto él mismo bajo la vigilancia de Dios Padre y del Señor Jesu-Cristo: mi más cordial saludo.

Programa de vida pastoral (X, 1-3)

Como quien bien sé de tu sentir en Dios, asentado sobre roca incommovible, yo glorifico sobre todo modo al Señor por haberme hecho la gracia de ver tu rostro sin tacha, del que ojalá me fuera dado gozar.

Yo te exhorto, por la gracia de que estáis revestido, a que apresures el paso en tu carrera y los exhortes a todos para que se salven. Desempeña el lugar que ocupas con toda diligencia, de cuerpo y espíritu. Ten cuidado de la unidad, mejor de la cual nada existe. Llévalos a todos sobre ti, como también a ti te lleva el Señor. Sopórtalos a todos en caridad, como ya lo haces. Vaga sin interrupción a la oración. Pide todavía mayor inteligencia de la que tienes. Está alerta, con espíritu que desconoce el sueño. Háblales a cada uno en particular, al estilo de Dios. Carga sobre ti las enfermedades de todos (Mt 8,17), como valiente atleta. Donde el trabajo es mayor, allí rica ganancia.

Prudente como la serpiente (II, 1-3)

Si sólo amas a los buenos discípulos, ningún mérito tienes en ello. La gracia está en que some-
tas con mansedumbre a los infestados como la peste. No toda herida se cura con el mismo em-
plasto. Los accesos de fiebre, cálmalos con aplicaciones húmedas.

Sé en todo prudente como la serpiente y sin falsía siempre como la paloma (Mt 10,16). Para eso justamente tienes cuerpo y espíritu, para que lo que salta a tu vista, trates de ganártelo, y lo que es invisible pidas que te sea revelado, a fin de que nada te falte, sino que abundes en todo don de la gracia. El tiempo exige de ti que aspire a alcanzar a Dios, como el piloto anhela los vientos prósperos y el navegante, sorprendido en la tormenta, el puerto.

Sé sobrio, como un atleta de Dios. El premio es la eterna vida de incorrupción, de la que tú

también tienes certidumbre. En todo y por todo, por rescate de tu alma me ofrezco yo y conmigo mis cadenas, a las que tú mostraste amor.

Ante la herejía, yunque golpeado... (III, 1-2)

Que no te espanten los que se dan aires de hombres dignos de todo crédito y profesan doctrinas extrañas. Por tu parte, mantente firme como un yunque golpeado por el martillo. Un gran atleta es, cierto, desollado; pero, al fin, vence. Pues ¡cuánto más hemos de soportarlo todo por amor de Dios, a fin de que también Él nos soporte a nosotros!

Sé todavía más fervoroso de lo que ya eres. Date cabal cuenta de los tiempos. Espera al que está sobre el tiempo: al intemporal e invisible que por nosotros se hizo visible; al impalpable e impasible que por nosotros se hizo pasible; al que por todos los modos sufrió por nosotros.

¡Nada, sin tu conocimiento! ¡Nada tú, sin el de Dios! (IV, 1-2)

Las viudas no deben ser desatendidas. Después del Señor; ten tú cuidado de ellas. Que nada suceda sin tu conocimiento; ni tú tampoco hagas nada sin contar con Dios, como efectivamente no lo haces. Mantente firme.

Celébrese reuniones con más frecuencia. No desdeñes a los esclavos y esclavas; pero que tampoco se engrían ellos, sino que para gloria de Dios sean mejores esclavos, a fin de alcanzar de Dios una libertad más excelente. No codicien afanosamente libertarse a costa de la comunidad, no sea que se hallen esclavos de la codicia.

Casados y continentes (V, 1-2)

Huye de las malas artes, o, más bien, ten conversación con tus fieles para precaverles de ellas. Exhorta a mis hermanas a que amen al Señor y se contenten con sus esposos en la carne y en el espíritu. Igualmente, anuncia a mis hermanos en nombre de Jesu-Cristo que amen a sus esposas, «como el Señor a su Iglesia» (Ef 5,25)

Si alguno puede permanecer en castidad, permanezca para honor de la carene del Señor, sin engreimiento. Si se engríe, está perdido. Y si se tiene por más que el obispo, está corrompido.

En todo caso, a los que se casan, ellos y ellas, conviene que hagan su enlace con conocimiento del obispo, a fin de que el casamiento sea conforme al Señor y no solo por deseo. Que todo se haga

para honra de Dios.

Canto final a la unión

Atended al obispo, para que Dios también os atienda a vosotros. Yo me ofrezco en premio por las almas de aquellos que se someten al obispo, a los ancianos, a los diáconos. ¡Y ojalá que con ellos se me concediera entrar a la parte de Dios! Trabajad a la par los unos por los otros, luchad juntos, corred a la una, sufrid, dormid, despertad todos a la vez, como familiares de Dios, como sus comensales y servidores.

«Milicia es la vida del hombre» (VII, 2)

Tratad de ser gratos al que os alistó en su ejército, del cual habéis de recibir el sueldo. Que ninguno de vosotros sea declarado desertor. Vuestro bautismo ha de ser siempre vuestra armadura; la fe, vuestro yelmo; la caridad, como una lanza; la paciencia, como un arsenal de todas las armas. Vuestras obras han de ser vuestro capital, de las que recibiréis magníficos intereses. Así, pues, sufríos los unos a los otros en mansedumbre, al modo que Dios lo hace con vosotros. ¡Ojalá pudiera yo gozar de vosotros en todo tiempo!

El «correo divino» que vaya a Siria (VII, 1-3)

Como la Iglesia de Antioquía de Siria goza de paz, según se me ha comunicado, gracias a vuestras oraciones, también yo he cobrado nuevo ánimo, en la tranquilidad de Dios, a condición de alcanzar a Dios por medio de mi martirio, para ser hallado en la resurrección discípulo vuestro.

ES conveniente, Policarpo felicísimo de Dios, que convoques un consejo divinísimo y elijáis a uno, a quien profeséis más amor y tengáis por más intrépido, que podrá ser llamado «correo divino», y a este le encarguéis de ir a Siria a glorificar vuestra caridad intrépida para gloria de Dios.

El cristiano no tiene poder sobre sí mismo, sino que se consagra al servicio de Dios. Esta obra toca lo mismo a Dios que a vosotros, si la lleváis a acabamiento, Yo, en efecto, confío en la gracia, que estáis prestos para toda buena obra que atañe a Dios. Como sé vuestro fervor por la verdad, he reducido mi exhortación a estas breves líneas.

Saludos y adioses

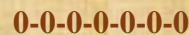
Así pues, como yo no pude escribir a todas las Iglesias por tener que zarpar precipitadamente de Troas a Neápolis, según lo ordena la voluntad del Señor, escribirás tú, como quien posee el sentido de Dios, a las Iglesias de antes, a fin de también ellas hagan lo mismo: los que puedan que manden delegados a pie; los que no, cartas por mano de los delegados que tú envíes, a fin de que alcancéis eterna gloria con esta obra, como bien lo mereces.

Os saludo a todos nominalmente; en particular a la viuda de Epítrope con toda su casa e hijos. Saludos a Atalo, a quien mucho quiero. Saludo al que ha de tener la suerte de marchar a Siria. Que la gracia esté siempre con él, así como con Policarpo que le envía.

Os envío mi adiós para siempre con súplica a nuestro Dios Jesu-Cristo, en el cual perseveréis en la unidad de Dios y del obispo.

Saludo a Alce, nombre para mí querido.

Adiós en el Señor.



Fuente
*Padres Apostólicos IV,
San Ignacio de Antioquía - Cartas camino del martirio
Introducción, notas e interpretación por el Rvdo. P. Daniel Ruiz Bueno C.M.E.,
Librería Parroquial de Clavería, S.A. de C.V. México, D.F
Con imprímase en Madrid, marzo de 19476
Páginas 9-167*

*Adaptación y presentación realizada por
Luis Mariano Salazar Mora*